

# LA AMENIDAD

BOLETÍN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

por

JULIO VERNÉ.

Sobre el borde de aquella roca, en la opuesta á la caverna, se arrastraba un hombre que trataba de ganar el ángulo extremo (sin duda para observar desde más cerca las disposiciones del campamento). Al ver aquello, pensar que entre el guía y aquel hombre existía un acuerdo secreto estaba naturalmente indicado.

En realidad, es necesario decir que en toda la maquina organizada alrededor de Keraban y sus compañeros, Ahmet había visto lo justo. Su tío se vió obligado á reconocerlo. Era necesario, por otra parte, concluir que el peligro era inminente, que una agresión se preparaba en la oscuridad, y que aquella noche misma, la pequeña caravana, despues de haber sido atraída á una emboscada, corría á una total destrucción.

En un primer movimiento irreflexivo, Keraban, acababa de apuntar á aquel espía que se aventuraba hasta el limite del campamento. Un segundo más tar-

de la bala partiría, y el hombre hubiese caído mortalmente herido, sin duda. Pero hubiese sido dar la alarma y comprometer una situacion ya grave.

— ¡Deteneos, tío! — dijo Ahmet en voz baja, levantando el arma dirigida hácia la cima de la roca.

— Pero, Ahmet....

— No.... nada de detonacion, que puede figurar una señal de ataque. Y tocante á ese hombre, es mejor cogerle vivo. Es necesario saber por cuenta de quién obran esos miserables.

— ¿Pero cómo apoderarse de él?

— Dejádme hacer.... — respondió Ahmet.

Y desapareció hácia la izquierda, rodeando la roca, á fin de subir por la parte de atrás.

Durante aquel tiempo, Keraban y Nizib estaban prontos á intervenir si el caso lo requeria.

El espía, echado de bruces, iba entonces á ganar el ángulo extremo de la roca. Su cabeza pasaba sola-

mente del borde. A la brillante claridad de la luna buscaba el ver la entrada de la caverna.

Medio minuto despues, Ahmet aparecía sobre la plataforma superior, y arrastrándose á su vez con extrema precacion, se abalanzaba hácia el espía, que no podía apercibirlo.

Por desgracia, una inesperada circunstancia iba á poner á aquel hombre en aviso y evitar el peligro que le amenazaba.

En aquel mismo momento, Amasia acababa de abandonar la caverna. Una profunda inquietud, de la que no se daba cuenta, la turbaba hasta el punto de



Ahmet aparecía sobre la plataforma.■

no dejarla dormir. Sentía á Ahmet amenazado, ya de un tiro de fusil, ya de una puñalada.

Apénas Keraban apercibió á la jóven, la hizo seña de detenerse. Pero Amasia no le comprendió, y levantando la cabeza, apercibió á Ahmet en el momento en que éste se dirigía hácia la roca. Dió un grito de espanto. A aquel grito el espía se volvió rápidamente, despues se levantó, y viendo á Ahmet medio encorvado todavía, se arrojó sobre él.

Amasia, clavada en aquel sitio por el terror, tuvo, sin embargo, todavía fuerza para gritar:

— ¡ Ahmet, Ahmet !..

El espía, con un cuchillo en la mano, iba á herir á su adversario ; pero Keraban, echándose el fusil á la cara, tiró.

El espía, herido mortalmente en el pecho, dejó caer su puñal y rodó por la tierra.

Un instante despues Amasia estaba en los brazos de Ahmet, quien dejándose escurrir desde lo alto de la roca, acababa de renunciar á ella.

Sin embargo, todos los huéspedes de la caverna acababan de salir al ruido de la detonacion, todos, salvo el guía.

El señor Keraban, blandiendo su arma, exclamaba:

— ¡ Por Allah ! hé ahí un buen tiro.

— ¡ Todavía peligros ! — murmuró Bruno.

— No me abandonéis, Van Mitten — dijo la energética Saraboul, cogiendo del brazo á su futuro.

— No os abandonará, hermana mía — respondió resueltamente el señor Yanar.

Sin embargo, Ahmet se había aproximado al cuerpo del espiá.

— Este hombre está muerto, y lo hubiéramos necesitado vivo.

Nedjeh le había mirado y exclamó:

— Pero... ese hombre... es...

Amasia acababa de aproximarse á su vez.

— ¡Sí, es él... es Yarbud! — dijo. — Es el capitán de la *Guldare*.

— ¿Yarbud? — exclamó Keraban.

— ¡Ah! yo tenía razón — dijo Ahmet.

— ¡Sí! — repuso Amasia. — ¡Es aquel hombre que nos robó de la casa de mi padre!

— La reconoces — añadió Ahmet — le reconoces yo también. Es el que vino á la posesión á ofrecernos sus mercancías algunos instantes antes de mi partida.... Pero no puede estar solo.... Toda una cuadrilla de malhechores está sobre nuestro rastro.... Y para ponernos en la imposibilidad de continuar nuestro viaje, acaban de robarnos nuestros caballos.

— ¡Nuestros caballos robados! — exclamó Sarahoul.

— Nada de esto nos hubiera sucedido si hubiésemos seguido el camino del Kurdistán — añadió el señor Yanar.

Y su mirada, fija sobre Van Mitten, parecía hacer al pobre hombre responsable de todas aquellas complicaciones.

— Pero, en fin, ¿por cuenta de quien obraba este Yarbud? — preguntó Keraban.

— Si estuviere vivo, sabríamos arrancarle su secreto — exclamó Ahmet.

— Tal vez tenga sobre él algún papel.... — dijo Amasia.

— Sí.... es necesario registrar ese cadáver — respondió Keraban.

Ahmet se inclinó sobre el cuerpo de Yarbud, mientras Nizib aproximaba una linterna encendida que acababa de coger en la caverna.

— ¡Una carta! ¡He aquí una carta! — dijo Ahmet retirando su mano del bolsillo del capitán maltes.

Aquella carta estaba dirigida á un cierto Scarpante.

— ¡Lee, pues, lee, Ahmet! — exclamó Keraban, que no podía dominar su impaciencia.

Y Ahmet, después de haber abierto la carta, leyó lo que sigue:

«Una vez robados los caballos de la caravana, cuando Keraban y sus compañeros estén dormidos en la caverna en donde les habrá conducido Scarpante.»

— ¡Scarpante! — exclamó Keraban. — Es, pues, el nombre de nuestro guía, el nombre de ese traidor!

— ¡Sí.... no me había engañado sobre su procedencia! — dijo Ahmet.

Después, continuó:

«Que Scarpante haga una señal agitando una antorcha, y nuestros hombres se arrojarán en las gargantas de Nerissa.»

— ¿Y eso está firmado? — preguntó Keraban.

— Esto está firmado.... Saffar.

— ¡Saffar!.... ¡Saffar!.... ¿Será él?....

— Sí — respondió Ahmet — es evidentemente aquel

insolente personaje que encontramos en el ferrocarril de Poi, y que, algunas horas después, se embarcaba para Trebisonda. Si, ese Saffar es quien hizo robar á Amasia y que quiere recuperarla á todo precio.

— ¡Ah, señor Saffar! — exclamó Keraban levantando su cerrado puño, que dejaba caer sobre una cabeza imaginaria — si alguna vez me encuentro cara á cara contigo....

— ¿Pero ese Scarpante — preguntó Ahmet — en dónde está?

Bruno se había precipitado en la caverna y volvía á salir casi al momento, diciendo:

— Desaparecido, sin duda, por alguna otra salida.

Era, en efecto, lo que había sucedido. Scarpante, una vez descubierta su traición, acababa de huir por el fondo de la caverna.

Así, aquella criminal maquinación se había descubierto con todos sus detalles. Era el inteligente del señor Saffar quien se ofreció como guía. Era Scarpante quien había conducido á la pequeña caravana, primeramente por los caminos de la costa, y después á través de aquellas montañosas regiones de Anatolia. Eran de Yarbud las señales que habían sido vistas por Ahmet durante la precedente noche, y era el capitán de la *Guldare* quien venía, deslizándose en la sombra, á llevar á Scarpante las últimas órdenes del señor Saffar.

Pero la vigilancia y, sobre todo, la perspicacia de Ahmet acababan de destruir todas aquellas maniobras. El traidor descubierto, los criminales designios de su amo se dieron á conocer. El nombre del autor del rapto de Amasia se conocía, y se veía que precisamente era á este Saffar á quien Keraban amenazaba con sus más terribles represalias.

Pero si la emboscada en la que había caído la pequeña caravana se había descubierto, el peligro no era menor, puesto que podían atacarla de un momento á otro.

Por esto Ahmet, con su carácter resuelto, tomó rápidamente el único partido que había que tomar.

— Amigos míos — dijo — es necesario abandonar las gargantas de Nerissa. Si nos atacasen en este estrecho desfiladero, dominado por altas rocas, no saldríamos vivos.

— Partamos — respondió Keraban. — Bruno, Nizib y vos, señor Yanar, tened prestas vuestras armas á cualquier eventualidad.

— Contad con nosotros, señor Keraban — respondió Yanar — y veréis lo que sabemos hacer mi hermana y yo.

— Cierto — respondió el valiente kurda blandiendo su yatagan con un movimiento magnífico. — No olvidaré que tengo un esposo á quien defender.

Van Mitten sintió una profunda humillación al oír hablar así á aquella intrépida mujer. Pero á su vez cogió un revólver, decidido á cumplir con su deber.

Todos iban á salir el desfiladero para ganar los llanos cercanos, cuando Bruno creyó deber hacer esta reflexión, como hombre que en cuestiones de comida está siempre alerta:

— Pero este asno no puede dejarse aquí.

— En efecto — respondió Ahmet. — Tal vez Scar-

pante nos ha internado en esta atrasada porcion de Anatolia. Tal vez nos halleemos más alejados de Scutari de lo que pensamos. Y en esta carreta están las unicas provisiones que nos quedan.

Todas aquellas hipótesis eran muy plausibles. Debía temerse, sin embargo, que la intervencion de un traidor hubiese comprometido la llegada del señor Keraban y sus compañeros á las orillas del Bósforo, alejándoles de su fin.

Pero no era el lugar para razonar todo aquello: era necesario obrar sin perder un instante.

— Pues bien — dijo Keraban — este asno nos seguirá; ¿y por qué no nos habia de seguir?

Y diciendo esto, fué á coger al animal por el ronzal, tratando de tirar de él.

— Vamos — dijo.

El asno no se movió.

— ¿Vendrás á buenas? — repuso Keraban dándole una fuerte sacudida.

El asno, que sin duda era muy terco de naturaleza, tampoco se movió.

— Empújale, Nizib — dijo Keraban.



Ahmet leyó.

Nizib, ayudado de Bruno, trató de empujar al bérriero por detras. El asno retrocedió más que avanzó.

— ¡ Ah, te empeñas! — exclamó Keraban, que comenzaba á incomodarse seriamente.

— Bueno — murmuró Bruno — testarudo contra testarudo.

— ¿ Te resistes á mí? — repuso Keraban.

— Vuestro amo ha encontrado al suyo — dijo Bruno á Nizib, teniendo cuidado de no ser oido.

— Me extrañaría — respondió Nizib con el mismo tono.

Sin embargo, Ahmet repetía con impaciencia:

— Es necesario partir. No podemos tardar ni un momento. Abandonad ese asno.

— Yo ceder, ¡ jamas! — exclamó Keraban.

(Se continuará.)

# EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**LUIS BOUSSENARD.**

Sin embargo, el coronel Fourgand es hombre acaudado á la vida de aventuras. Conoce como pocos esa guerra de emboscadas y no se detiene ante los obstáculos materiales sembrados por aquella tierra implacable al paso de los europeos, ni ante los golpes de los sublevados. Cruza impasible los arroyos, los bosques, las sabanas inundadas, los pantanos sin fondo y las montañas crizadas de rocas. Insensible respecto del sufrimiento de los demas como del suyo, desafia los miasmas, los insectos, los reptiles, la fatiga, el hambre y las enfermedades. Todo se doblega ante aquella férrea energía, y el enemigo está acosado.

Su orden de marcha para una compañía de sesenta hombres es una maravilla de organización. Dos negros zapadores provistos de hachas y machetes abren el sendero. Siguenles dos soldados que van de exploradores, y luego viene la vanguardia, compuesta de un oficial, un cabo y seis hombres. El cuerpo de combate, propiamente dicho, está dividido en dos partes: la primera está formada de un capitán, un médico, un cabo, doce soldados y dos negros que llevan las municiones; la segunda se compone de otros doce soldados al mando de un sargento. La retaguardia consiste en un oficial, un sargento, diez y ocho soldados y diez y seis negros para llevar los víveres, los medicamentos, los heridos y los enfermos. Dos hombres y un cabo cierran la marcha. Total: tres oficiales, un médico, dos sargentos, tres cabos, cincuenta y dos soldados, dos zapadores, dos conductores de municiones y diez y seis carreteros; es decir, ochenta y un hombres, de los cuales sesenta son combatientes.

Cuesta trabajo concebir que Boni y los suyos, casi iguales en número á los holandeses, hayan podido resistir por tanto tiempo contra tales fuerzas. Hemos dicho que el cuerpo expedicionario del coronel Fourgand se componía de veinte destacamentos organizados como el anterior.

El orden, la disciplina, la táctica civilizada y sobre todo su procedimiento de destrucción que consistía en quemar las aldeas y destruir las cosechas, triunfaron al fin de los insurrectos. Boni, herido desde el ataque de la aldea de Gadu-Saby, se vió obligado á retroceder. Su retirada fué admirable, guiando á sus hombres por senderos de él solo conocidos. Moribundo á causa

del hambre y la fatiga, con el pecho ensangrentado, anima á los débiles, sostiene á los enfermos, pelea todavía auxiliado por los que pueden sostener un arma. Hega á las orillas del Zapanahoni, le pasa yendo el último y se retira sin dejar de imponer respeto aun en su derrota.

La insurrección estaba vencida, pero Holanda pagaba muy caro la victoria alcanzada sobre el esclavo fugitivo. De mil doscientos hombres enviados de la metrópoli, no regresaron á ella más de ciento. Habían muerto veintisiete oficiales, un comandante y tres coroneles.

Durante mucho tiempo despues de la muerte de su jefe, los bonies, no tan bien organizados como los negros bosh, y sobre todo menos numerosos, sufrieron poco á poco una especie de esclavitud por parte de sus vecinos. Los bosh pretendieron monopolizar el comercio con el bajo Maroni é impedir á los bonies corresponderse con los europeos.

Tal estado de cosas duró hasta el dia en que se fundó la colonia de San Lorenzo, cuyo desarrollo fué muy rápido. Hasta entónces tenía Francia abandonado el Maroni, pero no tardó en comprender la importancia de aquella inmensa arteria, navegable en un trayecto de unos cien kilómetros, protestando contra la esclavitud impuesta por los bosh á los bonies que habitaban el territorio francés. Las posiciones respectivas de las tribus rivales que ocupaban las dos Guayanas fueron rigorosamente establecidas despues de una brillante expedición franco-holandesa organizada en 1860 por M. Vidal, teniente de navío de la marina francesa. La libertad de comercio y de navegación quedaron igualmente proclamadas.

Algunos años há que se han trabado excelentes relaciones de amistad entre los bonies y los buscadores de oro de la región. Van, vienen, cazan, pescan y trafican libremente con nuestra colonia. Su carácter apacible y su honradez hacen muy agradable el trato con ellos. Su colosal vigor y su extraordinaria habilidad como bogadores los hacen sumamente útiles para auxiliares de nuestra industria aurifera. No tan sólo trasportan á los placeres San Pablo, Esperanza, Manbary, Hermina, etc., las provisiones llevadas desde Cayena á San Lorenzo por las góletas, sino que van

hasta Mana, siguiendo la costa en sus ligerísimas piraguas y hacen, á cuenta de los placeres, un negocio tan productivo como los segadores entre nosotros durante la época de la recolección. Terminado el aprovisionamiento antes de la estación seca, regresan á Cottica al cabo de un viaje de veinte á veintidós días. En cambio de su trabajo llevan objetos de todas clases cuya posesión proporciona un bienestar inestimable en aquellas regiones apartadas. Por último, la administración superior no prescinde de ningún medio para sostener esas relaciones. Se les trata con verdadero cariño, sin valerse jamás de aquellas prerogativas que tan celosamente defienten siempre los bonis.

El *Grand Man*, actual *Ahato*, llamado Anstolio por los blancos, percibe amablemente del presupuesto de la colonia la suma de 1.200 francos, pagados por mensualidades de 100 francos en la caja municipal de San Lorenzo. Esta generosidad no es perdida, pues el descendiente del gran jefe Boni se aplica tanto más á mantener la buena armonía entre sus súbditos, cuyo número llega á mil próximamente, y todos los habitantes de las orillas del gran río.

Angosso pertenecía á aquella valorosa tribu, hoy francesa por el corazón y por el lugar que ocupa en la topografía del país. Diez años antes le había dicho Robín: «Guarda el secreto de nuestro retiro», y el boni negro guardó un silencio tan absoluto que hasta su mujer y sus hijos ignoraban aquel episodio de su vida. Muchas veces se había acordado del ofrecimiento del proscrito: «Si corres algún peligro, si el hambre desahua tu aldea, ven, vivirás con nosotros y serás de nuestra familia.» El negro aceptó la proposición hecha con tanta sinceridad el día en que la desgracia cayó sobre sus hijos. Por segunda vez en treinta años, la aldea habitada por la familia de Angosso acababa de sufrir las consecuencias del saqueo llevado á cabo por los oyaculetos.

Acercos de estos últimos, á quienes los europeos no han visto nunca ni conocen más que por los relatos más ó menos fantásticos de los negros ó de los pielrojos, circula una leyenda singular.

Los oyaculetos, fieros, son blancos como los hombres de Europa; tienen una estatura gigantesca, un vigor incomparable, larga barba oscura, cabellos rubios y ojos azules. Son antropófagos y parece que están sumidos en la larvancia más grosera. Generalmente ignoran el uso del hierro y se sirven de carnes mizas de madera demasiado pesadas para el brazo de los otros hombres. Desprecian las pinturas y demás adornos del cuerpo y van enteramente desnudos. No son sociales y provocan á la guerra á los negros y á los indios.

Robín y sus hijos escuchaban por el camino aquella monografía referida por Angosso en su jerga criolla, con detalles cuya exactitud revelaba un profundo espíritu de observación.

—Pero, mi querido boni—decía el proscrito, curioso é interesado á la vez—¿estás seguro de que los oyaculetos no constituyen una tribu india que á causa de vivir siempre debajo de los árboles ó imitación de los oyampies, no están abrasados por el sol?

—No, compadre, no. Créedme á mí, los oyaculetos no son indios.

—No ignoras, sin embargo, que ciertos oyampies no se tñen con achíote, que no trazan sobre su cuerpo dibujos con el jugo de gualpa y que se parecen exactamente á las gentes de mi país.

—Pero los indios no tienen barba, sus ojos son rasgados hasta las sienes y su nariz es aplastada, mientras que los oyaculetos tienen los ojos abiertos como los vuestros, la nariz aguilón y una barba tan larga como la que cubre vuestro rostro.

—Eso es...—decían los dos jóvenes bonis, Lomi y Baoheliko.

—¿Los has examinado bien, los has visto de cerca, en pleno día, á la luz del sol?

Angosso enseñó la cinta que rodeaba su frente y blandió su sable.

—El hecho de piedra de uno de ellos ha abierto mi frente, pero mi sable se ha hundido en muchos pechos. Me he batido mil veces, compadre. No temo á nadie en el mundo; ¿pues bien! tan cierto como adoro á Gadu y que soy vuestro amigo, os juro que he tenido miedo.

—Vamos, mi valiente amigo, refiéreme todo lo que sepas acerca de esos hombres extraordinarios. Dime cómo han podido saquear una aldea defendida por hombres fuertes é intrépidos cual los bonis.

Angosso se recogió por un momento, escapó dos veces para lanzar de su cuerpo á Yoleok y dió principio á este relato, completamente auténtico:

—Hace tiempo, mucho tiempo, era mi padre un hombre en toda la fuerza de la edad y yo muy pequeño. Los bonis y los oyaculetos, cansados de luchar, resolvieron de común acuerdo poner fin á sus antiguos odios. Los oyaculetos invitaron á los bonis de mi aldea á ir con ellos para comer la galleta sagrada y beber el *acpivary* de las grandes ceremonias. Los bonis son valientes y fuertes, usen en la palabra jurada y son esclavos de su promesa. Esta es la única esclavitud que reconocen—añadió en un *aparte* y con un acento altivo el descendiente del héroe de Cottica.—Aceptaron el convite de los salvajes de piel blanca y llegaron conducidos por mi padre que era su capitán. En señal de buena amistad depositaron los bonis sus sables y sus fusiles en la cabina del *piyo*. Se comió, se bebió y se bailó todo el día. Al llegar la noche retiráronse los bonis á las cabinas construidas para alojarles. No bien se habían dormido oyése un clamor terrible: los oyaculetos haciendo traidores á la palabra empeñada y violando las sagradas leyes de la hospitalidad se habían apoderado de los sables y de los fusiles y sirviéndose de éstos como de mazas asaltaban á nuestros guerreros indefensos. Los bonis intentaron huir, quisieron huir, pero sus pies se enredaron en los tejucos colocados á una cuarta del suelo al redor de las cabinas, traidora industria de aquellos miserables. Casi todos perecieron. Mi padre pudo huir favorecido por la oscuridad, y llegó á la aldea acompañado de los pocos que sobrevivían. Hubia recidido en la boca tan tremenda cuchillada, que desde entónces, y siempre que quiere hablar, se ve obligado á sostener su mandíbula inferior. Esta horrible herida le ha valido el apodo de *Koaku* (Be-

caída) bajo el cual se le conoce. Una niña escapó también de aquella espantosa matanza. Los oyaculetes la encontraron oculta entre las hierbas, y perdonándole la vida la educaron con sus hijos. Al cabo de algun tiempo huyó refugiándose entre los Bosh y yendo de allí á Suriam en donde vive actualmente. Se llama Añba (1). Ya veis, compadre, que tenemos motivos para conocer á los oyaculetes.

—Es cierto por desgracia; mi valiente Angosso, pero llegamos á la última catástrofe.

—Hace dos ó tres años que no habíamos visto á nuestros enemigos. Desconfiados de los oyaculetes—decía siempre mi buen padre, el viejo Koaku—se ocultan como las serpientes. Vigilad siempre, hijos míos, pues llegan cuando ménos se piensa.

Tenia razón: tantos días há como dedos tienen mis dos manos y uno de mis piés, que mientras estaban mis hijos ocupados en recoger la yuca, pescaba yo el kumaru en compañía de mi mujer Ageda. De pronto descubrimos una columna de negro humo que subía por encima de la aldea. Empruñamos los pagayos y nuestra canoa voló sobre las aguas del arroyo. Todas las casas eran presa de las llamas. Una numerosa tropa de oyaculetes, había incendiado la aldea despues de matar á las mujeres y niños que estaban solos. La mayor parte de los hombres válidos se hallaban recogiendo la cosecha ó pescando. Acudió con como yo, al ver el humo, y fueron asesinados por los bandidos tres veces superiores en número y que se habían ocultado entre las hierbas. Mis hijos llegaban en aquel momento, y sin vacilar ni un instante nos lanzamos á la lucha, jurando vender caras nuestras vidas. Nos hemos batido y estoy tan orgulloso de mis hijos como vos de los vuestros, mi querido compadre blanco. Ageda me salvó, cogiendo un tizon inflamado y arrojándolo á la barba de un oyaculeto que huyó chillando. A pesar de todos los esfuerzos tuvimos que sucumbir abrumados por el número. Veinte de los nuestros han muerto; los demas se han dispersado por los campos destruidos; la aldea ya no existe. Vuestro recuerdo habitaba siempre en mi corazón. Dije á Ageda que lloraba: «Ven á casa del blanco», y á mis hijos, cuyos sables rojos querían beber más sangre: «Venid también á casa de mi amigo el blanco». No me preguntaron nada y partimos. Tanta fiebre. Pero ¿qué importaba á mí conzcan desesperado la flaga de mi cabeza? Mi voluntad fué más fuerte que el dolor del cuerpo. Mis hijos pasaron los saltos de agua. Reconoció el arroyo. Nos internamos en él sin detenernos un minuto. Lomí y Bacheliko no conocen la fatiga. Llegamos cerca de los cocoteros. Vi los árboles derribados, las hojas del mucu-mucu y las plantas verdes de largas espinas, y dije: «ahí están las serpientes.» Oculamos la piragua entre las hierbas, y llegamos dando una vuelta al sendero que venía con los ojos del pensamiento. Vi á Casimiro, vi al blanco que se llama Nicolas, vi á la mujer blanca, que es la madre de vuestros hijos, y la dije:—El Tigre blanco ha dicho al boni: «Cuando seas desgra-

ciado, cuando no tengas cabaña, ni yuca, ni pescado, ni carne curada al humo, véte.» No tengo nada de eso; aquí estoy. Esta es Ageda, mi mujer. La mujer blanca la abrazó y la dijo: «Eres mi hermana.» Ageda lloraba de felicidad. Estos son mis hijos.—¿Serán hermanos de los míos?—dijo la mujer blanca con su voz dulce como el canto del *avoda* tendiéndoles la mano.—Lomí y Bacheliko dijeron: «Nuestras vidas son vuestras.» Yo la pregunté: ¿Dónde está el Tigre Blanco? Quiero ver á mi amigo el gran jefe blanco. Quereamos ver á nuestros hermanos, á sus hijos—dijeron Lomí y Bacheliko.—Ha marchado con ellos—respondió Nicolas.—Entonces díje á mis hijos: «Vamos á reunimos con ellos.» Encontramos vuestra pista y llegamos en el momento en que el asqueroso Piel-Roja se atrevía á poner sus inmundas manos sobre los blancos—terminó el boni escupiendo con desprecio.

—Mi querido Angosso—contestó Robin—voo que sigues dándome el nombre de Tigre Blanco. Ampto voluntariamente de ti esc apoda como hacía en otro tiempo. Si esto me lleva á los tiempos tristes del infartinio también me recuerda el instante de la libertad aquel día nunca bastante bendecida, en que te encontré en el islote con los míos. Nada tengo que añadir á las palabras de la que tú llamas mujer del Tigre Blanco. Tu compañera y tus hijos están para siempre confundidos en un mismo pensamiento de cariño. En adelante formaremos una sola familia. ¿No es verdad, hijos míos?

Un fuerte apretón de manos y una calorosa afirmacion fué la respuesta de los jóvenes, en cuyo corazón ocupaba un sitio preferente el recuerdo del buen negro. Angosso admiraba, como inteligente, la aventajada estatura de los tres jóvenes de cuyos nombres se acordaba; tan prodigiosa es la memoria de aquellos sencillos hijos de la Naturaleza. Estaba encantado de la afectuosa familiaridad de los Robinsones con Lomí y Bacheliko, y manifestaba á cada momento la alegría que le causaba aquel fraternal compañerismo. El boni boni parecía, sin embargo, un poco inquieto, y no se atrevía á participar á Robin el motivo de su preocupación, aunque tuviera grandes deseos de verificarlo. El proscrito se lo hizo notar. Angosso se apartó con su conjunto y le preguntó en voz baja y con cierto misterio, producido por el temor de una mala noticia, que dónde estaba el pequeño Carlos.

—¿No le has visto en la choza con su madre, Nicolas y Casimiro?

—No, compadre, no le he visto.

—Es extraño. Y su madre, ¿no te ha hablado de él?

—La señora no ha podido, pues en cuanto llegué, comprendí el cambio para venir aquí.

—Esa ausencia me asombra y me inquieta. Volvamos pronto á la cabaña. ¿Quién puede prever las sorpresas que reserva en dos días la vida de los bosques? Nosotros somos una prueba viva, y viva, gracias á ti.

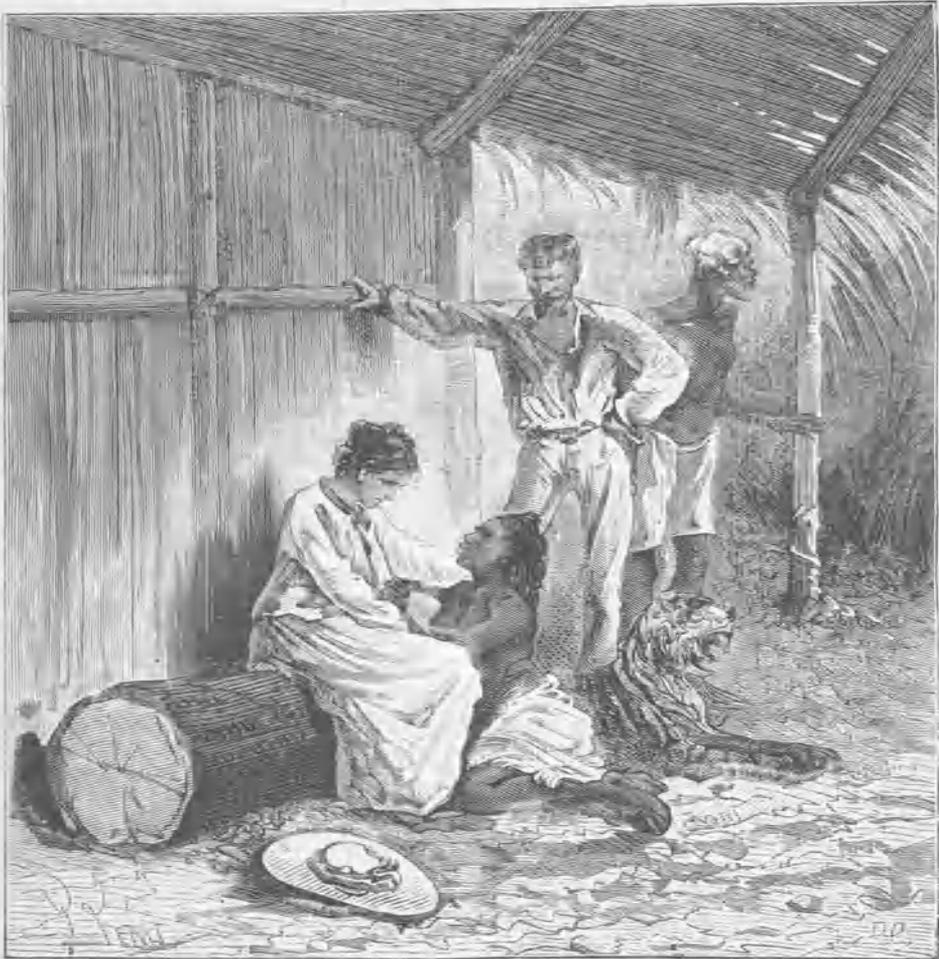
Los Robinsones extenuados y rendidos por la fatiga llegaban á la choza ántes de ocultarse el sol. Hacía cuarenta y ocho horas que habían partido. La señora Robin, que había vuelto á la Buena Madre en

(1) Histórico. Mi amigo M. Casala ha conocido al capitán Koaku, á sus hijos, y á sus nietos.

compañía de Casimiro Nicolas y la mujer de Angoso, estaba debajo del emparrado esperando ansiosamente. Cerca de ella se veía al jaguar tendido en el suelo lamiéndose una ligera herida, cuya sangre marcaba un punto rojo en su pelaje oscuro. El proscrito experimentó el presentimiento de una catástrofe. Un

dolor agudo le atravesó el corazón como un hierro candente.

— ¡Carlos!... ¿Dónde está Carlos? — gritó la pobre mujer con voz desgarradora al ver que no venía con sus hermanos. Robin, mudo y aterrorizado palideció silenciosamente sin encontrar respuesta. El jaguar



La mujer blanca la abraza.

reconoció á Enrique, y saltó hácia el rugiendo, y apoyándose en las patas de atrás, puso las delanteras en los hombros del jóven.

— ¡Carlos! — respondió como un eco desesperado la voz de los tres hermanos.

— Ha desaparecido hace veinticuatro horas — dijo sollozando Nicolas, que se adelantó con los ojos húmedos. *Él acaba de volver herido. Ya me disponía yo á partir.*

— ¿Dónde está mi hijo? — gritó con voz terrible el proscrito, cuya posturación no duró más que un relámpago.

La infortunada madre se puso en pie, pálida como un cadáver, abrió y cerró los ojos convulsivamente y cayó al suelo.

Agoda la recibió en sus brazos, prodigándole los cuidados más cariñosos.

Robin se transformó en un instante. Nadie hubiera podido reconocer en él aquel sér habitualmente bueno y dulce, aquel apóstol de la humanidad cuyo noble rostro reflejaba siempre la misma sonrisa afectuosa y triste.

Había vuelto á ser el Tigre Blanco, y apenas tal vez confusamente se recorda diez años atrás ante el fuero.

de los soldados cuyas balas amenazaban á su mujer y á sus hijos. Sus negros ojos despedían llamas bajo la línea oscura de sus cejas, remuñidas por una especie de francisco lornio — los tigres son primos hermanos de los leones — cortado verticalmente por un arco livido. Su boca seca, ardiente, vibraba como una plancha de metal golpeada. La desgraciada madre recibía los sentidos con lentitud.

— ¡Vamos á buscarle! — dijo con acento desgarrador. — ¡Solo!... ¡Mi hijo!... ¡Un niño!... ¡En el bosque!... Vamos.

— Mañana — repuso el proscrito — cuyas facciones seguían contrayéndose y cuya palidez aumentaba sin cesar. — Enrique, Nicolas, preparad víveres. Eubandio, Eugenio, disponed las armas... todas vuestras armas. Casimiro, las hachacas. Marcharemos al salir el sol.

— ¡Esperar!... ¡Esperar todavía! — dijo la pobre mujer llorando. — ¡Pero mi hijo nos llama! ¡Auso muero esta noche! ¡La noche... la noche de las flores! ¡Oh, tierra maldita del destierro, te aborrezco!

Los preparativos de la marcha se verificaban rápidamente; pero con la sangre fría que preside en las operaciones de salvamento. Un dolor inmenso atormentaba el corazón de todos aquellos valientes; ligubre atmósfera de duelo se cernía sobre la Buena Madre antes tan alegre; pero las lágrimas eran repelidas, los sollozos comprimidos y las quejas ahogadas. Había desaparecido toda huella de cansancio. El recuerdo del tremendo drama de la víspera por nadie fué evocado.

Era verdaderamente singular la dolorosa calma de aquellos seres habituados desde la infancia á toda clase de luchas, y que, perdidos en aquella horrible soledad, se disponían con la sencillez del heroísmo á empeñarse en un supremo combate contra lo desconocido.

En efecto, se trataba de lo desconocido con todos sus peligros, sus múltiples sorpresas, sus inesperadas complicaciones, sus aspectos más monstruosos, lo desconocido de la naturaleza inexplorada en cuyo seno iban á lanzarse á cuerpo descubierto.

Casimiro y Nicolas no podían dar noticia alguna relativa á la desaparición del joven. Había salido la víspera por la mañana hacia la choza del Norte, con Cal, el jaguar de Enrique. El encono le enojaba. Ha armado de su arco con intención de matar un águila, una *harpyia ferox* que desde algunos días ántes cometía depredaciones en el corral. Su madre, acostumbrada á las correrías de los Robinsones, burlaba visto marchar sin inquietud. El día transcurrió con rapidez, gracias al incidente tan agradable como inesperado de la llegada de Angosso y su familia. Pero la ausencia de Carlos se prolongó hasta la noche, alarmando seriamente á los miembros de la colonia. Durante el día y la noche siguientes fueron atroces las angustias que todos experimentaban.

El parisiense y el anciano negro procuraban tranquilizar á la señora Robin y tranquilizarse ellos mismos, emitiendo la opinión de que el joven habría encontrado á su padre y á sus hermanos. Pero la llegada del jaguar herido vino á destruir aquella frágil

esperanza trocándola la angustia en desesperación. Nicolas se disponía á partir al azar, cuando los Robinsones, con el hijo y sus hijos, se presentaron en la ranchería. Carlos no iba con ellos. Ya se sabe lo demás.

¿Cuál sería la suerte del pobre niño? Nadie pensaba en esto sin estremecerse; tan vasto era el campo de las suposiciones, tan complejos podían ser los motivos de aquella misteriosa desaparición. El regreso del jaguar era igualmente inexplicable. Cal no era un animal vulgar. Dócil y disciplinado como el mejor perro de caza, fiel como éste, avezado á los combates, vigoroso y fuerte como puede serlo un jaguar de diez años, nada podía justificar su insospechable retirada. Su herida, muy leve, no daba indicio alguno. No era mordedura, ni arañazo, ni golpe de instrumento cortante. Tan sólo una punta de flecha de bambú ó una rama cortada á bisel por el machete hubieran podido producir aquella estrecha abertura de bordes retirados que presentaba una hemorragia insignificante.

Las horas que precedieron á la salida del sol pasaron con penosa lentitud. Los Robinsones, pálidos á causa del insomnio, se movían con silencio sin osar mirarse. Estoicos, como los hombres primitivos, habían conservado en presencia unos de otros la ruda impassibilidad de los soldados de la antigua Esparta. ¡Mas quien podrá contar las lágrimas abrasadoras que ocultó la impenetrable noche equinoccial!

La reducida tropa, bien armada y abundantemente provista de víveres, se hallaba dispuesta en el momento en que el nuevo amanecía la próxima llegada del día. Palidecían las estrellas y una ligera banda de ópalo octaba las sombrías masas de los árboles seculares.

La señora Robin se presentó en compañía de Agoda, cuya negra silueta, iluminada por una lámpara, se destacaba sobre el fondo de la choza. La mujer del proscrito, cubierta con un sombrero de anchas alas y vestida con un traje corto de algodón blanco, á tablas, calzaba un par de mocasines con suela de piel de mapiri.

— Marchemos — dijo con acento breve é imperativo que contrastaba con la exquisita dulzura de su tono habitual.

Robin hizo un brusco movimiento de cabeza. Ha á protestar; pero ella no le dió tiempo.

— Es inútil, amigo mío, no podría esperar. Quiero acompañaros.

— ¡No pienses en tal cosa! Te será imposible resistir, á pesar de tu energía, la fatiga de la marcha por los bosques. ¡Querida y valiente compañera! ¿Eres digna madre de estos niños, de estos hombres cuyo vigor apenas puede triunfar de los rigores de esta tierra ingrata! ¡No puedo hacer más que rogar, implorar de ti que te quedes! Ninguna mujer en el mundo podría marchar durante una hora por el interior de la selva virgen.

— Cuando eran pequeños atravesé sin vacilar el océano. He desafiado los furios de la tempestad y las fatigas de la navegación. Esto ha durado días, semanas, meses. ¿He sentido flojedad?

—Madre—dijo Eugenio que con su hermano Edmundo se destacó del grupo y fué á coger su mano—uno más ruegos á los de nuestro padre, y si es preciso nos quedaremos aquí los dos.

La noble mujer comprendió toda la ternura que encerraba aquella proposición y movió en sentido negativo la cabeza.

—Volveremos á encontrarte, me lo dice el corazón y quiero ser la primera en abrazarte. ¿Cuál de vosotros pretende condenarnos á no experimentar esta alegría?

Angosso que había oído y entendido la significación del debate, se adelantó acompañado de sus hijos.

—Lami y Bacheliko—dijo con su voz lenta—son fuertes como el Maipuri y ágiles como el kariako. Que mi hermano el Tigre-Blanco se tranquilice y que permita venir á los grandes bosques á mi hermana la mujer blanca. Agradezca marchará á su lado. Cuando mi hermana se cansa, la llevarán mis hijos en una hamaca, y podrá seguirnos sin peligro y sin cansancio. Hermana, venid. No temáis nada; las flores del bosque pueden desafiar los rayos del sol debajo de los grandes árboles.

## CAPÍTULO IX.

Perena del jaguar.—Matanzas de los pieles-rojas.—Mensaje del asonante.—Horror de los bellinos á la perfumería.—Plan de Ataque.—Influencia del pláncido planicie en las mareas del mar.—Aventuras extraordinarias del último de los Robinsones.—El hechicero de los Arantchaur.—El asesino de Aokombaka.—Cárcel en carromato.—Un competidor bravo.—Benedicto aún.—Elcomaná muere.—¡Remedio!—La despedida de un bandido.—¡Abnegación suprema!—Heroica muerte de un hombre borracho.—El papel misterioso.—El ágerto de asonante.—¡Libre!

—¡Aquí, *Cat!*...—gritaba Enrique con voz impetuosa.

—No me explico el súbito terror de este animal—decía Robín no tanto inquieto.

—Su actitud de ahora es igual á la que tenía cuando volvió solo—interrumpió Nicolás.

—¡*Cat!*... ¡*Cat!*... repuso con más dulzura el joven.

El jaguar, con la cola baja, las orejas agachadas y el hocico hincándose por el suelo avanzó arrastrándose, pero con una lentitud y una vacilación inexplicables. Tambaleaba, trataba de recubarse y no quería ir á la cabeza de la fila. Era necesaria toda la autoridad de su amo, cuyos talones pisaba medrosamente para impedir que se refugiase á retaguardia.

Sin embargo, nada sospechoso descubrían los sentidos bien despiertos de los Robinsones negros y blancos. Hacía veinticuatro horas que caminaban sobre la pista del joven siguiendo la como lebreles. Carlos había sido apresado á ménos de un kilómetro de la ranchería, después de matar á águila cuyas plumas se veían por el suelo. No hubo lucha. Algunas ramas rotas y hierbas holladas indicaban una sorpresa de que había sido víctima el joven cazador. Luégo su pisada se confundía con numerosas huellas de indios pesadamente cargados. Estos últimos además, por indiferencia ó por confianza en su número no se preocupaban de disimular su paso.

Se había adquirido la certeza de un hecho impor-

ante. Carlos no fué presa de una fiera ó de un reptil. No había desaparecido en una sabana temblonosa ni se había perdido en el bosque, ni había muerto aplastado por la caída de un árbol. No estaba libre pero vivía. Aunque las consecuencias de aquel secuestro misterioso fueron poco tranquilizadoras, los Robinsones llenos de esperanza imprimían á su marcha una gran velocidad. Se trataba de caminar para unirse pronto á los raptos.

La señora Robín, á pesar de su energía, no hubiera podido seguir á la tropa. La fatiga hubiese quebrantado su cuerpo en pocas horas. Para evitarla el cansancio, la habían instalado cómodamente los dos bonis en una hamaca suspendida de una sólida y larga pértiga, cuyos extremos descansaban en sus robustos hombros. Tal era su vigor, que el precioso fardo no había producido hasta entónces ningún retraso en su acelerada marcha. Este método tan sencillo es el único medio de transporte empleado en los bosques para llevar hasta las canoas á los enfermos y heridos, y de frecuente uso en Guayana, donde se carece de acémilas y donde no hay caminos.

Se hizo alto á la orilla de un riachuelo. El reposo era indiferente para aquellos intrépidos caminantes, que no se detuvieron más que á fin de sentarse y beber un trago. El jaguar, que seguía conservando su actitud de perro castigado, fué á acurrucarse detrás de Enrique lleno de indignación al observar aquella extraña poltronería. Tan singular fenómeno daba al traste con la habitual sagacidad del primogénito de los Robinsones, que le atribuía á alguna de esas maniobras familiares á los pieles-rojas.

Casimiro, el viejo cazador salvaje experto en toda clase de astucias, escudriñaba en vano por todas partes. Angosso no encontraba ninguna explicación plausible. El misterio se hacía á cada momento más impenetrable. En cuanto al rapto del joven todos convenían en relacionarlo con el drama de que Robín y sus tres hijos habían estado á punto de ser víctimas dos días ántes. Todo contribuía á corroborar esta idea hasta la dirección tomada por la segunda tropa que se dirigía hácia el punto en que el huracán se había desencadenado sobre el bosque.

El desgraciado padre temblaba al pensar que Carlos, inocente víctima expiatoria, quizás agonizaba en el mismo sitio en que sus padres hubiesen sufrido horrible martirio sin la oportuna intervención de Angosso.

Transcurrieron dos horas más sin incidente alguno. Enrique aldea la marcha seguido de *Cat*, que parecía tranquilizarse poco á poco. La pista perfectamente regular practicada por hombres experimentados, se internaba siempre en el espeso bosque. Á pesar del calor sofocante y del sudor que brotaba del rostro de los Robinsones, conservaban éstos su energía; de pronto empezó á ofrecer el jaguar los mismos temores de ántes y se detuvo al ver una ancha hoja de balicero que estaba en el suelo, arrollada como un cartucho. No había ningún balicero en un espacio de dos kilómetros, y era indudable que aquella hoja había sido llevada del arroyo y puesta en aquel lugar intencionalmente. Si hubiese estado tan sólo caída en

el suelo habría atraído las miradas de los Robinsones, pues por fútil que parezca un vestigio no deja de tener importancia. Sin forma especial contribuía á que se fijase en ella la atención.

Era preciso examinarla con desconfianza. Si bien podía encontrarse entre los pliegues de su limbo alguna indicación preciosa, no sería difícil que ocultase algún peligro, sustancias venenosas á una pequeña enlebra.

Todos se detuvieron. Enrique se acercó con infinitas precauciones, desarrollando el cartucho con la punta de una flecha de larga asta. La hoja no contenía nada. El joven la levantó, cogiéndola delicadamente con los dedos y aproximándola á sus ojos. Un grito de sorpresa salió de su pecho al observar gruesos caracteres trazados con una punta redondeada en la sustancia verde-oscura.

Muy despacio y con voz trémula leyó lo siguiente: *«Mi vida respetada por ahora, Misteriosa influencia protectora. Estay cuidadosamente vigilado. Sed prudentes.»* — CARLOS.

La audición de este documento, tan singular como inesperado, produjo la impresión de alegría que es fácil concebir. Todos los pechos hasta entonces comprimidos por la angustia de lo desconocido, experimentaron un alivio indescribible.

— ¡Vive! — exclamó la primera la señora Robin. — ¡Vive!... ¡Hijo mío!...

La hoja temblaba entre sus manos... y sus ojos no podían descifrar las letras trazadas por su hijo menor. Nicolas reía, lloraba y gritaba.

— ¡Sobera!... ¡Hijos míos!... ¡Mi amo! ¡Estoy loco! ¡Tengo ganas de dar vivas á alguien! Se me ha quitado un peso de un quintal.

— ¿Sabes, hermano, que Carlos se estrena, no como un novicio, sino como un maestro?

— Es admirable, extraordinario — respondió el proscrito, que se tranquilizaba por momentos. — ¡Pobre hijo! ¿Has oído, Casimiro?

— ¡Oh, compadre! Yo estoy muy contento. El pícaro parece un indio.

— Es tu discípulo, mi buen amigo.

— Observa, Enrique — dijo Edmundo — todos esos caracteres están perfectamente impresos en esa sustancia carnea y resistente de la hoja.

— No ha roto nada — continuó Eugenio, igualmente admirado de la habilidad de su hermano. — Ha hecho uso de una punta roma apoyándola lo suficiente para marcar en el tejido sin traspasarle. Se lee como un manuscrito.

Angosto contemplaba casi con temor aquel pedazo vegetal, cuya vista había llenado de esperanza á sus amigos. En aquella época los negros del Maroní no estaban familiarizados todavía con los usos de los blancos que actualmente explotan los terrenos auríferos, y el Roi ignoraba el empleo del *papyrus* (corta, papel).

Fue necesario explicarle este procedimiento para romancarse, y su admiración hacía sus queridos blancos salido de punto. Uno de los miembros de la expedición no participaba de la alegría general. Era Cat. El aspecto de aquel embolismo parecía producir

en su organismo una gran impresión de horror. Nuestros gatos europeos llamados escribidos manifiestan predilección por los papeles, que les ha valido este sobrenombre. ¿Á qué singular fenómeno se debía que su congénere, el enorme gato salvaje equatorial, demostrase tal repulsión? Criado en el retiro de los Robinsones, debía estar familiarizado con la literatura, y no solamente había gruñido cuando le presentaban la hoja, sino que rechazaba con tenacidad las caricias de las manos que la habían tocado.

Angosto quiso saber á qué atenerse.

— Dame esa hoja — dijo á Enrique.

La tomó, y mirándola por todos lados, despues de ponerla al sol, se la acercó á la nariz.

Dió una carcajada, y exclamó con alegría:

— Ya sé lo que es. Esto es *kasy-kasy*.

— ¿Á qué llamas tú *kasy-kasy*? — preguntó Robin.

— Es — respondió en su jerga — una planta muy curiosa, cuyo olor hace huir al tigre.

— Eso no es posible.

— Sí, compadre. Los indios toman la semilla, la hacen hervir, se frotan el cuerpo con el cocimiento, frotan de igual modo á sus perros, y siempre que unos á otros encuentran al animal, huye éste apresuradamente áun cuando esté muriéndose de hambre.

— ¿Sabrías encontrar esa planta?

— Es muy fácil; esperad un momento — dijo interririéndose en el bosque.

En efecto, poco tardó en volver. No habrían transcurrido cinco minutos cuando se vió venir al Robinson negro agitando triunfalmente una planta que el proscrito reconoció al punto.

— La conozco; es el *Hibiscus abelmoschus*, de la familia de las malvaceas.

— ¿Y dices que este olorcillo á almizcle, tan suave, tan penetrante, basta para poner en fuga al jaguar?

— Sí. Cree oler al patira, á la serpiente ó al caiman, sus enemigos más encarnizados.

— Ya comprendo — dijo Nicolas. — Es la inversa del efecto producido en los gatos por la valeriana, que los enloquece. La valeriana es, como sabéis, el cebo irresistible empleado por esos cazadores furtivos de traje blanco, llamados bodegoneros, para despojar las *confiteras* situadas en los tejados de las casas de Paris.

— También yo lo comprendo — interrumpió Enrique — y veo desde aquí la escena que ha debido ocurrir en el rapto de nuestro hermano Carlos, cogido por los indios, frotados con el cocimiento de esa planta; aquéllos, tan llenos de terror al ver el jaguar domesticado, como éste al percibir el olor aborrecido, juntamente con los dolores de la llaga causada por una flecha mal dirigida. Su fuga, su llegada á la choza se explican fácilmente, así como su repugnancia á seguir la pista practicada por esos mismos indios y el miedo que le inspira la hoja del balicero involuntariamente impregnada de aquel olor por Carlos.

— ¿Quién sabe — insistió Nicolas — si de vez en cuando han echado algunas gotas del cocimiento en la pista para impedir á *Cat* que cumpla su misión de perro de caza?

— Es posible. Pero como nosotros no tenemos esas preocupaciones, irémos adelante hasta el fin. Desgraciadamente es de temer que los indios no se contenten siempre con este platónico medio de defensa. Sea lo que quiera, pronto sabremos algo nuevo.

No se equivocaba. Aunque los indios son incansables andarines, su marcha no podía rivalizar con la de la de los Robinsones. Estos reconocieron por señales infalibles que la distancia que les separaba disminuía á cada instante. Las hojas de las ramas cortadas por los machetes de los fugitivos no habían tenido tiempo de marchitarse. Al poco rato los vástagos cortados á bisel á cuarenta centímetros del suelo aparecían humedecidos por la savia.

Estaban cerca. Algunos momentos después se hallarían en presencia de los raptores. Llegó la noche, se hizo alto, y Robín destacó en calidad de exploradores á Enrique y Angosso, recomendándoles la mayor circunspección. Su ausencia duró una hora escasa, al cabo de la cual volvieron al improvisado campamento, abogando de tal modo el ruido de sus pasos, que el ala del vampiro no hubiera sido más silenciosa.

Robín vigilaba machete en mano. *Cat*, repuesto de sus terrores, estaba á sus piés.

— Padre — dijo en voz baja Enrique — ya los hemos encontrado.

— ¿Y Carlos? — preguntó con ansiedad.

— No le hemos visto. Debe estar en una gran choza construida en el centro y á cuyo alrededor hay una porción de indios acurrucados.

— Pero ¿cómo habéis podido penetrar con la mirada en las tinieblas?

— Porque tienen hogueras.

— Es muy raro. Esta particularidad parece indicar que los pieles rojas no nos esperan ó que se proponen rechazar cualquier ataque.

— Me inclino á creer lo último, tanto más, cuanto que me ha parecido que son muy numerosos.

— ¿Qué aspecto presenta el campamento?

— El siguiente. Se hallan en el sitio donde estuvimos á punto de perecer. En el centro, como ya te he dicho, hay una gran cabaña rodeada por ocho hogueras simétricamente colocadas dos á dos en cada lado. Por último, en la parte libre de árboles, es decir, la que mira hacia nosotros, se extiende una gran hoguera prolongada como una zona continua y en forma de semicírculo. El trozo que no está iluminado se apoya naturalmente en el bosque.

— Es un verdadero sistema de fortificación.

— Sí, padre; y ha de costarnos gran trabajo el asaltarla.

— Sin embargo, hay que intentar el ataque.

— Cuenta con eso, Pero, ¿por dónde daremos la embestida?

— No hay vacilación posible. La parte que parece mejor defendida, y por consiguiente, la menos vigilada, es la zona de iluminación, mientras que el lado oscuro debe hallarse cubierta de flechas y de ojos muy avizores. La hoguera semicircular es un engaño inocente, y cuando más, servirá para espantar á las fieras. Por allí debe atacarse. Apestará á que no hay dos hombres de confianza en aquel punto.

— ¿Cómo formaremos la columna de ataque?

— Con los más robustos: Tú, Angosso, uno de sus hijos, Nicolás y yo. Es preciso que el primer impulso sea irresistible. Atravesaremos la hoguera con el hacha en una mano y el machete en la otra. Esto será cuestión de algunos segundos. Como no podemos asociar á tu madre á las dificultades de semejante aventura, y como no debemos diseminar nuestras fuerzas, hé aquí lo que he resuelto: Edmundo, Eugenio, el segundo hijo del booi y Casimiro, formarán el cuerpo de reserva, que se dirigirá, sin hacer ruido, por el lado opuesto al que nosotros atacaremos. Edmundo tomará mi carabina y Rachelik la de su padre. Emboscados en la selva como en una fortaleza inexpugnable, rechazarán á los fugitivos que intenten escapar por allí.

— Tu plan es perfecto, padre, y creo que dará buen resultado. Solamente nos falta hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Ejecutarlo sin tardanza.

— No esperas menos de ti; Adelante!

Si entre los Robinsones era instantánea la concepción de un proyecto, no era menos rápida la ejecución. Hora y media después de aquel consejo de guerra se hallaban las dos tropas en su puesto. El campamento de los indios estaba embestido al Este por la reserva oculta detrás de los troncos y bejucos, y al Oeste por la columna de ataque.

La gran línea semicircular de fuego arrojaba moribundos resplandores; pero grandes trozos de carbón encendido formaban un arroyo igneo de tres metros de ancho. Este era pequeño obstáculo para aquellos hombres, que le salvarían de un salto.

Los cinco asaltantes avanzaron arrastrándose lo más cerca posible de la zona iluminada; al cabo de un rato gritó Robín con voz de trueno:

— Adelante!

Saltaron como tigres y se plantaron en medio del campamento. Aunque fué rapidísimo el impulso, les pareció que una llama ardiente consumía sus rostros en el momento de atravesar la hoguera. Cuando pusieron el pié en el suelo, estaban ciegos y asfixiados. Una tos terrible desgarró sus pechos, un estornudo convulsivo, incosante, les sacudió con gran dolor. Sus ojos hinchados, llenos de abrasadoras lágrimas, no podían ver. Estaban vencidos sin luchar.

Un clamor horroroso lanzado por los indios se aparcó por los límites del campamento.

Los indios destinados por Benedieto y Ackombaká á la custodia de las canoas, encontraban los días de increíble duración. Las provisiones de vien se habían agotado; faltaban los elementos necesarios para la confección del cañón y el alcohol de los blancos estaba contenido en danna-juanas tapadas, atadas y selladas, de modo que desafiaban á toda indiscreción. Los pobres diablos se fastidiaban como pueden fastidiarse unos indios sin ron, sin tabaco, y reducidos á la ración tasada de casabe y de pescado seco.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# SIN FAMILIA

— POR HECTOR MALOT.

— TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

- ¿Nada más?  
 — Algunas veces seis.  
 — ¿No bebeis nunca siete ú ocho?  
 — Pocas veces.  
 — ¿No tomáis grog despues de comer?  
 — En algunas ocasiones.  
 — ¿Cuántos vasos bebeis?  
 — Segun y conforme.  
 — ¿Estais dispuesto á jurar que no tomáis más que tres ó cuatro vasos?

Viendo que el sacristan se tornaba casi azul y que no respondia, el abogado volvió á sentarse diciendo:



¿No os hubiera metido hace seis meses por el vientre de una ternera?

— Este interrogatorio basta para probar que el perro ha podido quedar encerrado en la iglesia por el testigo, el cual despues de comer no ve las terneras abiertas en canal porque va preocupado; esto es todo lo que yo deseaba saber.

Si hubiera podido, hubiese dado un abrazo al personaje de la peluca; me habia salvado.

¿Por qué no se habria quedado Capi en la iglesia? Esto era posible. Y si hubiera ocurrido no sería yo

culpable, puesto que no se me podian hacer cargos por ello.

Despues del sacristan declararon las personas que le acompañaban cuando entró en la iglesia; pero no habían visto nada más que la ventana abierta por donde salieron los ladrones.

Luégo fueron oidos mis testigos: Bob, sus compañeros y el posadero, todos los cuales demostraron de qué modo empleé el tiempo; sin un solo punto, el principal quedó sin esclarecer, y era el relativo á la hora exacta en que salí del campo de las carreras.

Terminados los interrogatorios, me preguntó el juez si tenía algo más que decir, advirtiéndome que si me parecia conveniente podia guardar silencio.

Respondí que era inocente y que me confiaba á la justicia del tribunal.

Entónces mandó el juez leer el acta de las deposiciones que yo acababa de oír, y dispuso que me llevasen á la cárcel del condado para esperar en ella á que el jurado decidiese si debería instanciarse la causa por la audiencia de lo criminal.

¡Lo criminal!

Cai en el banco sin sentido. ¡Ay!; Por qué no hice caso de Mattia!

## CAPÍTULO XXXIX.

BOB.

Volví á mi calabozo y solamente al cabo de algun tiempo de estar en él fué cuando pude explicarme la causa de no haber sido puesto en libertad: el juez queria, sin duda, esperar á que fuesen habidos los que entraron en la iglesia para averiguar si yo era su cómplice. La policia estaba sobre la pista, segun dijo el ministerio público; es decir, que no tardaria en experimentar la vergüenza de sentarme en el banco junto á ellos.

¿Cuándo sucederia esto? ¿Cuándo me llevarian á la cárcel del condado? ¿Cómo sería aquella cárcel? ¿Dónde estaba? ¿Sería más triste que mi prision actual?

Estas preguntas ofrecian suficiente asunto para ocupar mi espíritu, de modo que pasó el tiempo con más rapidez que el día anterior; ya no estaba bajo el peso de la impaciencia que produce la fiebre; ahora tenia que esperar.

Y esperaba unas veces paseándome, otras sentado en mi banco.

Un poco ántes de ocultarse el sol oí un toque de

cornetín, y en la manera de tocar reconocí á Mattia. Mi cariñoso amigo quería decirme que pensaba en mí y que vigilaba. Aquel toque llegó por encima de la pared que estaba enfrente de mi ventana; era indudable que Mattia se hallaba al otro lado de aquel muro, en la calle, y que nos separaban tan sólo algunos metros. Desgraciadamente no puede la vista atravesar las piedras, pero en cambio pasan los sonidos por encima; al alegre toque del cornetín se unió un ruido de pasos y ruidos vagos, los cuales me hicieron comprender que Mattia y Bob daban una representación.

¿Por qué habrían escogido aquel sitio? ¿Sería para obtener una buena ganancia ó para darme un aviso? De pronto oí una voz clara, la de Mattia, que gritaba en francés: «¡Mañana al amanecer!» Luego empezó de nuevo á tocar con más amlor el cornetín.

No se necesitaba un gran esfuerzo de inteligencia para comprender que no era á su público compuesto de ingleses á quien Mattia hizo la advertencia: «¡Mañana al amanecer!» Escuché á mi; pero en cambio no era tan fácil adivinar lo que significaban y empecé á plantearme una serie de preguntas que no tenían respuesta razonable.

Un solo hecho estaba claro y preciso: al día siguiente cuando payaso el alba debía estar despierto y con cuidado; hasta entonces era preciso que tuviese paciencia, si podía.

En cuanto llegó la noche me acosté en mi coy, procurando conciliar el sueño: ni dar algunas horas en los relojes próximos y por fin me quedé dormido.

Cuando me desperté estaba la noche oscura, brillaban las estrellas en el negro fondo del cielo y no se oía ningún ruido; sin duda faltaba mucho tiempo hasta el amanecer. Volví á sentarme en mi banco sin atreverme á andar, á fin de no llamar la atención cuando pasase alguna ronda. Al poco rato dió un reloj las tres; me había despertado muy pronto, pero no quise volver á dormir y creí que no lo hubiera conseguido si lo hubiese intentado; toda mi cuerpo se agitaba por una excitación febril.

Mi distracción estaba reducida á contar las horas de los relojes; ¡pero cuán largos me parecían los quince minutos que pasaban entre cada cuarto de hora!

Ayudado contra la pared, tenía los ojos fijos en la ventana y me pareció que la estrella que seguía con la vista iba perdiendo su brillo al paso que el color del cielo blanqueaba poco á poco.

El canto de algunos gallos anunció que se acercaba el día.

Me levanté, y andando sobre la punta de los pies fui á abrir la ventana, teniendo cuidado para que no reclinasen sus goznes, lo que conseguí á fuerza de paciencia.

Consideré como una dicha la circunstancia de que mi calabozo estuviera situado en una antigua sala del piso bajo convertida en cárcel y que la seguridad de los presos estuviese confiada á los barrotes de hierro, pues si la ventana no hubiera podido abrirse, no tendría por donde contestar al llamamiento de Mattia. Pero no obstante, con abrir la ventana, quedaban los barrotes, las paredes gruesas y la puerta chapeada de

palastro. Era una locura esperar la libertad, y sin embargo la esperaba.

Las estrellas palidecían por momentos y el frío de la mañana me hizo titilar; sin embargo, no me separé de la ventana, y en ella seguí, de pié, mirando y escuchando, pero sin saber lo que debía mirar y escuchar. Un gran velo blanco cubrió hasta el cielo y en la tierra comenzaron los objetos á dibujarse con formas perceptibles; era el amanecer de que me habló Mattia. Escuché contentado el aliento y no pude oír más que los latidos de mi corazón.

Por último, me pareció oír un ruido como si arañasen contra el muro; pero como no había oído pasos creí que me engañaba. Sin embargo, presté atención. Continuaron los arañazos, y de pronto vi que una cabeza se levantaba por encima de la tapia; no era la de Mattia, y á pesar de la escasa luz del crepúsculo reconocí á Bob, quien al verme con la cara pegada á los barrotes me hizo una seña indicando que me separase de la ventana. Obedecí sin comprender. Entonces me pareció que en la otra mano tenía un tubo largo y reluciente como si fuera de cristal. Le llevó á su boca y comenzó que era una serbatana. Oí un soplo y al mismo tiempo vi una bolita blanca que cruzaba el aire para caer á mis piés. Instantáneamente desapareció la cabeza de Bob detrás del muro y todo quedó en silencio.

Me precipité hacia la bolita que estaba hecha de papel muy fino arrollado, y envolviendo á un grueso perdigón. Me pareció que en el papel había caracteres manuscritos; pero como aún no era de día, esperé á que aumentase la intensidad de la luz.

Volví á cerrar la ventana con toda clase de precauciones y me acosté en el coy, teniendo siempre la bolita cogida con la mano.

Lentamente, con demasiada lentitud para mí impaciencia, fué rayando el día, y por fin, una luz sonrosada bañó las paredes de mi calabozo; desarrollé el papel y leí:

«Mañana te conducirán por el camino de hierro á la cárcel del condado; viajarás en un departamento de segunda clase con un policeman; colócate cerca de la portezuela por donde entres; cuando el tren haya marchado durante cuarenta y cinco minutos (cuéntalos bien), disminuirá la velocidad porque cruzará con otro; entonces abre la portezuela y tírate al suelo sin ningún temor; extendiendo las manos hacia adelante y haz lo posible para caer de pié; en cuanto llegues al suelo, sube al talud de la izquierda, que allí estarémos con un carro y buen caballo para conducirte; nada temas; dos días después estarémos en Francia; ánimo y serenidad; no dejes de tirarte de un salto y cuidando por caer de pié.»

¡Estaba salvado! ¡Ya no iría á la audiencia de le criminal! ¡Ah, incomparable Mattia, excelente Bob! Era indudable que Bob ayudaba generosamente á mi amigo: «Allí estarémos con un carro y un buen caballo»; Mattia solo no hubiera podido combinar aquel plan.

Volví á leer el papel: «Cuarenta y cinco minutos despues de la partida; subir el talud de la izquierda; caer de pié.» Me arrojaria sin ningún temor á un

cuando debiera matarme. Más valía morir que ser condenado por ladrón. ¡Ah! ¡Cuán bien pensado estaba todo! ¡Dos días después estaremos en Francia!»

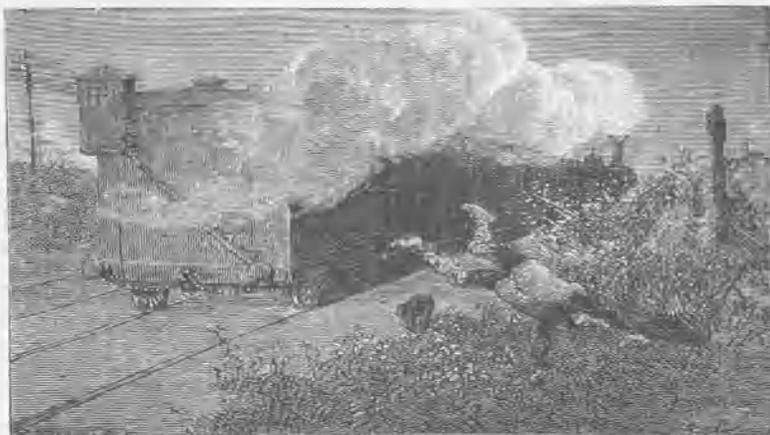
Sin embargo, en medio de mi alegría me asaltó un pensamiento triste: ¿y *Capi*? Pero no tardé en desecharlo. No era posible que Mattia quisiera abandonar á *Capi*; si había encontrado un medio para facilitar mi huida, también le tendría para *Capi*. Leí y volví á leer el papel, y después de masticarlo, me le tragué; ya no tenía otra cosa que hacer sino dormir tranquilamente, y lo hice tan bien, que no me desperté hasta que el carcelero me llevó la comida.

Á las doce de la mañana del siguiente día entró en el calabozo un policemán desconocido para mí, el cual me dijo que le siguiera. Vi con satisfacción que era un hombre como de cincuenta años, y que no parecía muy amable.

Todo se arregló según las prescripciones de Mattia, y cuando el tren se puso en marcha me coloqué al lado de la portezuela por donde había subido; yo iba de espaldas á la locomotora y el policemán en frente de mí; ambos estábamos solos en el departamento.

— ¿Hablais inglés? — me dijo.

— Un poco.



Empujé la portezuela y salté á la mayor distancia que pude.

— ¿Lo comprendéis?

— Algo; pero es preciso que me hablen muy despacio.

— Pues bien, hijo mío, os voy á dar un buen consejo: no seáis reservado con la justicia, confesadlo todo; de esta manera os captaréis las simpatías del tribunal. No hay nada tan desagradable como tener que entenderse con personas que todo lo niegan, áun las cosas más evidentes, mientras que se guarda toda clase de consideraciones á los que dicen la verdad. Así, pues, quisiera que me dijerais cómo ocurrió el suceso: ya varéis que con dinero será muy agradable vuestra permanencia en la cárcel.

Estuve á punto de responder que no tenía nada que confesar; pero comprendí que lo mejor sería conciliarme la benevolencia de aquel policemán, y no le contesté.

— Estoy seguro — continuó — de que reflexionaréis y cuando estéis en el calabozo reconoceréis la bondad de mi consejo, haciendo que me llamen, pues no se deben confiar los secretos á un desconocido; es preciso escoger al que ha de interesarse por uno, y en cuanto á mí, ya veis que estoy dispuesto á servir.

Hice un movimiento afirmativo.

— Preguntad por Dolphin; ¿recordaréis el nombre?

— Sí, señor.

Me apoyaba en la portezuela, que tenía el cristal bajado; pedí permiso al policemán para ver el paisaje, y como quería «conquistarse mis simpatías» respondió que mirase todo lo que quisiera. ¿Qué podía temer? El tren marchaba á toda máquina.

El aire que entraba por la ventanilla molestó al policemán, que, separándose de mi lado, fué á sentarse en medio del wagon. Yo no sentía el frío, seguí en mi puesto, y bajando la mano muy despacio, di vuelta á la manecilla, mientras que con la derecha sostenía la portezuela.

— Al cabo de un rato silbó la máquina y disminuyó la rapidez del tren. Había llegado el momento; empujé la portezuela y salté á la mayor distancia que pude, cayendo en una cuneta; por fortuna, di con las manos, que llevaba extendidas, en el talud, cubierto de hierba; pero fué tan violento el choque que me desvanecido.

Cuando recobré el conocimiento creí que aún estaba en el tren, pues me sentía llevado rápidamente y oía el ruido de las ruedas; estaba acostado en un montón de paja.

¡Cosa singular! Tenía la cara mojada y por las mejillas y la frente me rozaba una cosa húmeda y fría.

Abri los ojos; un perro sumamente feo, de pelo amarillo, estaba inclinado sobre mí laméndome. Mis

ojos se encontraron con los de Mattia, que estaba de rodillas á mi lado.

—Estás en salvo—me dijo, separando al perro y abrazándome.

—¿Dónde nos encontramos?

—En un carro, conducido por Bob.

—¿Cómo va?—me preguntó Bob volviéndose hacia mí.

—No sé, pero creo que estoy bien.

—Moved los brazos y las piernas—dijo Bob.

Extendido en la paja hice lo que me decía.

—Bueno—dijo Mattia—no se ha roto nada.



¿Cómo va? me preguntó Bob.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Has saltado del tren con arreglo á mis instrucciones, pero la sacudida te causó un desmayo y caíste en la cuneta; viendo que no te reunías con nosotros, bajó Bob por el talud, mientras que yo sujetaba al caballo, y te llevó en sus brazos. Al principio creímos que estabas muerto. ¡Qué dolor! ¡Qué miedo hemos tenido! Pero, en fin, ya estás en salvo.

—¿Y el policeman?

—Continúa su camino en el tren, que todavía no ha parado.

Ya sabía lo más importante; miré á mi alrededor y vi al perro amarillo que me miraba tiernamente con unos ojos parecidos á los de Capi; pero no era Capi, pues éste tenía el pelo blanco.

—¿Y Capi?—dije.—¿Dónde está?

Antes que Mattia hubiera respondido saltó sobre mí el perro amarillo volviendo á lamermé.

—Aquí le tienes— dijo Mattia— le hemos tenido.

Devalyi á Capi sus varicias dándole un beso,

—¿Por qué le habeis pñtado?— preguntó.

—Es una historia que voy á contarte ahora mismo.

Pero Bob no consintió en que mi amigo hiciera su relato.

—Guía el caballo— le dijo— y no le dejes la rienda suelta; voy á arreglar el carro para que no le reconozcan en los portazgos.

El vehículo era un carroche cubierto con un toldo de tela, sostenido por dos arcos, que Bob quitó poniéndolos dentro, así como el toldo, recogido en cuatro dobleces, debajo de los cuales mandó que me ocultase; tomó las riendas de manos de Mattia, y le dijo que se colara junto á mí.

Con este cambio variaba completamente el aspecto del carro, pues no llevaba toldo y parecía que en él no iban tres personas, sino una sola. Si nos perseguían, las señas que dieran los que viesen el carro desorientarían á los agentes de la autoridad.

—¿Dónde vamos?— pregunté á Mattia cuando se acostó junto á mí.

—Á Littlehampton, un puerto de mar muy pequeño, en el que Bob tiene un hermano, patron de un barco que hace viajes á Francia para buscar manteca y huevos de Isigny, en Normandía; si logramos escapar de las garras de la justicia se lo deberemos á Bob. Él lo ha hecho todo; ¿qué hubiera podido hacer yo, pobre miserable, para ponerte en salvo? Bob ha ideado que te arrojes desde el tren, que te enviasse el aviso por medio de la cerbatana; él ha decidido á sus compañeros para que nos prestasen su caballo, y por último, él es quien va á procurarnos una embarcación para ir á Francia, pues ya comprenderás que yendo á bordo de un vapor te exponías á ser detenido. Ya ves que es muy conveniente tener buenos amigos.

—¿Y quién ha tenido la idea de traer á Capi?

—Yo; pero Bob es el que ha pensado tenerle de umbrillo para que no pudiera ser reconocido despues de habérsele robado al agente Ferry, al inteligente Ferry, como decía el juez, que ahora no ha tenido mucha inteligencia, pues se ha dejado quitar á Capi sin advertir nada. Es verdad que en cuanto me conocí el perro puso de su parte todo lo que le fué posible, así como Bob, que sabe las aritmánias de los ladrones de perros.

—¿Y tu pié?

—Le falta poco para estar curado; no he tenido tiempo de pensar en él.

Los caminos de Inglaterra no están libres como en Francia; á truchos se encuentran unas barreras en las cuales hay que satisfacer cierta cantidad para seguir adelante. Cuando llegábamos á alguna, nos recomendaba Bob que no nos moviéramos; de este modo los guardas no veían más que el carro conducido por un hombre solo; Bob les decía algunas chanzonetas y pasaba.

Su profesion de clown le permitió arreglarse la cabeza como la de un labriego, y tan bien disfrazado

iba, que sus más íntimos amigos le hubieran hablado como si no fuera él.

Caminábamos de prisa porque el caballo era joven y fogoso y Bob un cochero consumado. Sin embargo, fué preciso detenernos para dar descanzo y un pienso al animal; pero esto no lo hicimos en una posada. Bob se paró en medio de un bosque, quitó la brida á su caballo y le colgó del pesucero un talago lleno de avena que llevaba en el carro; la noche era muy oscura y no había peligro de que nos sorprendieran. Entónces pude hablar con Bob y darle gracias muy expresivas por sus inapreciables servicios; pero no me dejó decirle todo lo que sentía.

—Vos me habeis hecho un gran favor— dijo dándome un apretón de manos— hoy os lo devuelvo; ademas sois hermano de Mattia, y por un muchacho tan honrado como él, todo lo que se haga es poca.

Le pregunté si estábamos muy lejos de Littlehampton; me dijo que todavía faltaban dos horas de camino y que debíamos apresurarnos, pues el barco de su hermano zarpaba todos los sábados para ir á Isigny, y la marea tenía lugar muy temprano; estábamos en viernes. Volvimos á ocultarnos debajo del toldo, y el caballo arrancó á buen paso.

—¿Tienes miedo?— me preguntó Mattia.

—Sí y no; tengo miedo de que vuelvan á prenderme; pero creo que no me cogarán. Cuando uno huye es porque se confiesa culpable. Esto es lo que me atormenta; ¿qué he de decir para defenderme?

—Hemos pensado en eso; pero Bob ha creído que era necesario agotar todos los recursos antes de que te llevasen al banco de los criminales; es muy triste sentirse en el áun cuando quede probada la inocuidad; no he querido decir nada, porque con mi idea fija de llevarte á Francia temía darte un mal consejo.

—Has hecho bien; y suceda lo que quiera, no tendré más que motivos de agradecimiento hacia vosotros.

—No sucederá nada. Cuando el tren haya parado, el policeman dará cuenta del suceso; pero antes de que se organicen las pesquisas habrá trascurrido tiempo y nosotros habremos galopado; por otra parte, ¿cómo han de saber que precisamente te diriges á Littlehampton para embarcarte?

Esta era la verdad. Si aún no estaban en nuestra pista teníamos la probabilidad de embarcarnos sin que nos molestasen; pero yo no abrigaba como Mattia la seguridad de que el policeman hubiese perdido tiempo despues de parar el tren; aquí estaba el peligro, y ciertamente no era despreciable.

Entre tanto, nuestro caballo, vigorosamente conducido por Bob, continuaba al trote largo por el desierto camino. De vez en cuando nos cruzábamos con algún carruaje; pero ninguno se adelantaba al nuestro. Los pueblos por donde pasábamos estaban silenciosos, y en pocas ventanas se veía luz; tan sólo algunos perros que oían nuestra rápida carrera nos perseguían con sus ladrillos.

(Se continuará.)

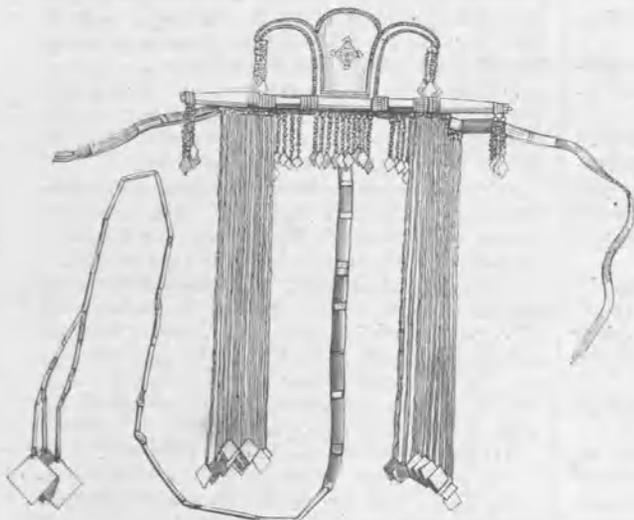
## ARMAS Y ADORNOS ABISINIOS.

Publicamos en este número tres grabados que juzgamos del mayor interes; representan varios objetos regalados al mayor Graham, por el rey de Abisinia.

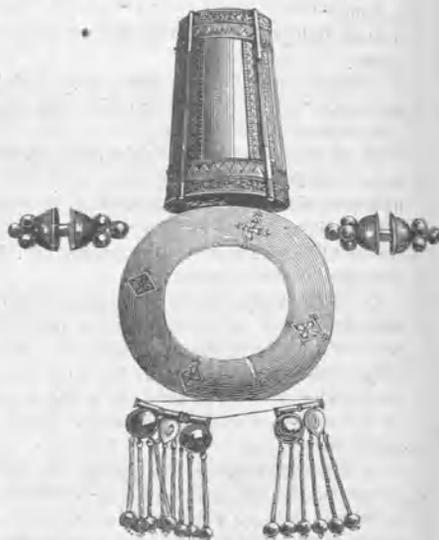
El primer objeto es la cofia militar ó *aghadama*, usada por los más distinguidos caballeros.

Damos tambien varios pequeños adornos, manoplas, brazaletes y diademas.

Los *aghadamas*, sólo son concedidos por el Rey á sus más intrépidos guerreros.



La cofia militar ó *Aghadama*.



Brazaletes y diademas.



Espadas y escudo.

El guantelete de plata es la condecoración dada á los caballeros de la orden llamada de la *Manopla de Plata*.

Las espadas son premios de altas hazañas, pero el

escudo de piel de rinoceronte es usado por todos los soldados.

Los zarcillos y otros ornamentos son de las mujeres.

## EL MIGUELETE.

CAMPANARIO DE LA CATEDRAL DE VALENCIA.

Una sólida y maciza á la par que elevada torre soñada al viajero la hermosa capital del Cid desde cualquier punto del horizonte que á ella se encamine, dominando el magnífico panorama que la circunye. Esta torre es el Miguelete, campanario de la catedral.

Al observador algo instruido no deja de chocar la vista de un gigantesco prisma octógono sin remate, y de cuya plataforma superior se levanta una mezuquina espadaña con dos ventanas sobrepuestas, una á otra, donde se hallan colocadas las campanas del reloj, la inferior que marca las horas y la superior los cuartos. Es una obra sin terminar.

El ardiente celo de los primeros pobladores cristianos, del cual difícilmente formaríamos idea en nuestra época de frialdad é indiferencia religiosa, aquel celo incansable como sentimiento cristiano, é intolerante como odio y antipatía á la secta mahometana, se apresuraba á destruir todo lo existente, y desfiguró lo que no podía destruir, como si temiese una reacción parecida á la que había arrebatado la misma conquista del Cid, y hecho necesaria la segunda conquista de don Jaime. Así, en pocos años, de la mezquita mayor surgió la catedral, y á los delgados minaretes reemplazó la grandiosa torre, cuyo grabado exponemos á los ojos del lector.

En 1380, cuarenta y dos años después de la conquista, cuando ya la catedral se había revestido de muchas de sus bellezas interiores y exteriores, el cabildo deliberó la construcción de un campanario, confiando la ejecución de tan importante obra á un acreditado cantero de aquella época llamado Juan Franc, quien puso mano á ella el año siguiente, 1381, en 4 de Enero, quedando terminada hasta la plataforma en 1418, y habiendo tardado su construcción treinta y siete años.

Su planta primitiva fué completamente aislada del cuerpo de la catedral, de suerte, que se circulaba libremente al rededor de todo él; pero siendo papa Alejandro VI dispuso á su costa la prolongación de las paves del templo hasta unirse con el campanario, y desde entonces la entrada á la escalera quedó comprendida en el ámbito de dicho templo entre las capillas de la Trinidad y San Vicente mártir, descolgando la imponente masa del Miguelete en el ángulo sureste del edificio y al lado de su puerta principal.

El Miguelete (*Miguelot*, diminutivo de Miguel en valenciano) denominado así de la colosal campana de las horas, bautizada con el nombre de María Migueta, tiene una particularidad debida sin duda al capricho del constructor, y que pocas fábricas iguales poseerán tal vez; su circunferencia es igual á su altura. Esta es de 207 palmos valencianos, y sube hasta la estancia de las campanas en espesor de 24 palmos, desenvolviéndose luego hasta la sobredicha plataforma sobre robustas bóvedas de 18 palmos de clave. La escalera es de caracol y bastante desahogada, aunque en sus

últimos tramos, en especial desde las campanas hasta la plataforma, los escalones un tanto elevados hacen algo penosa la ascension.

Según costumbre de la época en que se edificó, los ángulos del prisma que forman el campanario se hallan reforzados con pilares decorados por esbeltas columnitas que sostienen pequeños frontones y presentan ligeras ornaciones en cada cuerpo de esta torre, mientras que en el último dan origen á los lindos pináculos que les sirven de terminación.

En cada tercio de la altura hay una cornisa ornada de hojas de cardo, y en la tercera de dichas cornisas, estatuas fantásticas que sirven de canales para la salida de las aguas, posan sobre los refuerzos. Sobre la misma y en los centros de los muros se abren ventanas ojivales con achívoltas, formadas por bordones poco salientes, en las cuales se encuentra una reminiscencia del estilo árabe, á pesar de que pierden su carácter, por estar enlazadas con las gobletas de los frontones y confundidas con las ojivas que decoran los fondos y con las rizadas hojas de col, propias de la escultura decorativa del siglo xv.

La espadaña presenta dos sencillas ventanas, que la harían pasar por antigua, si no se viese en las formas barrocas de la cornisa, basamento del segundo cuerpo, y en su coronación, que cuando ménos ha sido reformada á principios del xviii; pues en efecto, el remate para la compra de los cuartos, posterior á la de las horas, fué terminada en 13 de Diciembre del año 1736.

Para la construcción de la torre contribuyó también la ciudad con la ayuda de coste (como entonces se decía) de 1.000 florinos, suma excesiva para aquellos tiempos.

Respecto á la campana horaria que da nombre al monumento, el año mismo de su conclusion se fundió una de extraordinario peso, la cual se desgració en 1481.

Años después sufrió igual suerte la que se fabricó para reemplazarla, hasta que en 1521 se fundió la presente, cuyo peso es de 860 arrobas. En el lado que da á la plaza de su nombre, y á corta distancia del suelo, hay incrustada una lápida con la siguiente instrucción en lemosín:

*Aquest campanar fouch comensat en lo any de la Nativitat de nostre Senyor Deu Jesuchrist MCCCLXXXI. Reynant en Aragó lo molt alt Rey en Ferr, estant bisbe de Valencia lo molt alt en Jaume, fill del alt infant en Pere, e cosin germá de dit rey.*

Que vertido en idioma vulgar quiere decir: «Este campanario fué comenzado en el año de la Natividad de N. S. Jesuchristo 1381, reinando en Aragón el muy alto rey don Pedro, siendo obispo de Valencia el muy magnífico señor don Jaime, hijo de S. A. el infante don Pedro y primo hermano de dicho rey.»

Desde la anclurosa plataforma del Miguelete se disfruta una de las mas soberbias y encantadoras perspectivas, sobre todo en los días de atmósfera trasparente y diáfana, tan comunes en aquel privilegiado clima.

P. PEREZ.



EL MIGUELETE DE VALENCIA.

## EL TORBELLINO DE NIEVE.

CUESTO BUNO.

(Concluído.)

En familia no sabía nada de su fuga nocturna.

Las cartas que había escrito ántes de partir las había quemado despues. La doncella, no queriendo exponerse á la cólera de Gabriel, se guardaba muy bien de contar lo que había sucedido. El cura y los testigos tecian tambien sus motivos de callar, y el cochero no dijo ni una palabra de la aventura ni áun despues de haber bebido muchos tragos. En fin, el secreto de tan novelesca fuga fué fielmente guardado por media docena de cómplices. Maria misma fué quien lo descubrió en sus horas de delirio. Su madre, que no se apartaba de su lado en momento, le oyó pronunciar palabras extrañas é incoherentes que la hicieron creer que su hija estaba locamente enamorada de Vladimiro, y que su amor sólo era la causa de su enfermedad. Habló sobre el particular con su esposo y con algunos amigos, y, en consecuencia, se decidió unánimemente que el destino de Maria era aquel, que contra el destino nada se puede, que la riqueza no constituye la verdadera felicidad, y otras máximas por el estilo.

Sin embargo, la enferma se restableció poco á poco. Vladimiro, temiendo que le recibirían mal, no había vuelto á casa de Gabriel. Éste había resuelto acompañarle cuanto ántes su inesperada felicidad, participándole que podía casarse con Maria. Pero qué gran sorpresa fué la sorpresa de los dueños de Nenaradof al recibir, en contestacion á la suya, una carta increíble en que el alférez les decía que nunca más volvería á pisar los umbrales de su castillo, y que olvidaría á un desgraciado á quien no quedaba ya más esperanza que la muerte.

Algunos dias despues tuvieron noticia de que Vladimiro había vuelto al ejército. Era en 1812.

Los padres de Maria no se atrevían á hablar de él, ni tampoco la jóven le mentaba nunca. Dos ó tres meses se pasaron, y, por fin, un dia le oyó citar entre los oficiales que más se habían distinguido en la batalla de Borodino, y que estaban heridos de muerte. Al saber semejante noticia, la jóven se desmayó y cayó enferma de nuevo; por fortuna, la calentura duró esta vez poco tiempo.

Otro dolor mayor debía afligirla: su padre murió á los pocos dias. En su testamento le dejaba heredera de todos sus bienes; por la fortuna no la consolaba en su afliccion. Vertió abundantes lágrimas al lado de su madre, jurándole que nunca se separaría de ella. Ambas abandonaron el castillo de Nenaradof y fueron á habitar otra posesion que tenían. Nuevos pretendientes se presentaron allí á la rica heredera; pero ella no quiso dar á ninguno la más leve esperanza. Su madre le aconsejaba á menudo que eligiera esposo, y entonces la jóven se ponía triste y pensativa.

Vladimiro había muerto en Moscu la víspera del

dia en que los franceses entraron en aquella ciudad. Maria guardaba dentro de su corazon la memoria de su amante como una cosa sagrada: conservaba con mucho cuidado todo lo que había pertenecido al desventurado jóven, los libros que había leído, sus dibujos y los versos que había hecho para ella. Las personas que estaban en estos pormenores admiraban semejante constancia, preguntándose quien llegaría al fin á enternecer á esta nueva Artemisa.

Por entonces se concluía la guerra, para siempre memorable. Los regimientos llegaban de las fronteras, y el pueblo corría entusiasmado á recibirlo. Las bandas de música tocaban los aires aprendidos en el extranjero, la cancion de *Viva Enrique IV!*, los walses tirolenses y la ópera *Jacoda*. Los oficiales que habían marchado casi niños, volvían con aspecto marcial y el pecho lleno de cruces. Los soldados contaban sus campañas, intercalando en su conversacion palabras francesas y alemanas. ¡Tiempo de entusiasmo y de gloria eterna! ¿Cómo palpitaba entonces el corazon de los rusos al nombre de la patria! Todos unidos abrigaban los mismos sentimientos de orgullo y de amor al victorear á su emperador querido, que debía ser el más feliz de los hombres.

Las mujeres más estaban entonces incomparables: su natural frialdad había desaparecido, y con verdadero entusiasmo gritaban hurra al volver los batallones á Rusia. ¿Qué oficial no confesó en aquel tiempo que el cariño y la amabilidad de la mujer rusa son la más dulce y preciosa recompensa?

María Gabriela y su madre vivían á la sazón en la provincia de... y no pudieron presenciar las fiestas y la alegría que animaban á las dos capitales. Pero en las diez provincias y en todos los pueblos el entusiasmo nacional fué todavía más ardiente; á los oficiales se les recibía en triunfo, y el uniforme eclipsaba el traje de paisano.

Hemos dicho que, á pesar de la reserva en que María Gabriela vivía, muchos pretendientes la abrumaban de continuo. Sin embargo, la mayor parte se alejó al presentarse un jóven de veinte y cinco años, el coronel Vourovín, condecorado con la cruz de San Jorge, venia con licencia á pasar algunos meses en una de sus posesiones, próximas á la residencia de Maria. La jóven le recibió con singular amabilidad, abandonando su indiferencia de costumbre. No se mostró coqueta ante él; mas, con todo, no pora al observarla hubiera dicho: *Se amor non è che è dunque?* Por otra parte, Vourovín era un jóven muy simpático; tenía ese talento distinguido, y al mismo tiempo irónico que gusta á las mujeres, talento de convencion y de observacion. Sus maneras eran sencillas y francas, su conversacion modesta y respetuosa. Maria no dejó de conocer que el coronel tenía el alma y los ojos puestos en ella.

Aunque la gente le atribuía muchas aventuras amorosas, de éstos rumores no hacía caso Maria, que, como la mayor parte de las mujeres, perdonaba fácilmente los extravíos de una naturaleza atrevida y los errores de un carácter ardiente.

Pero lo que daba que pensar á la jóven más que las buenas cualidades del coronel, y su palidez inte-

resante, y la herida de su brazo, era su extraño silencio. Ella veía que Vourmín no la miraba con indiferencia, y éste, por su parte, con su talento de observación y su experiencia, debía conocer que había impresionado el corazón de María. ¿Por qué, pues, no se echaba á sus pies? ¿Por qué no le hacía su declaración? ¿Qué le detenía? ¿Era quizás el temor que ya unido á todo amor verdadero, ó el orgullo y la coquetería de un seductor astuto? En vano intentaba resolver este problema. Sin embargo, después de haberlo meditado mucho tiempo, le pareció que el temor debía ser la causa de su silencio, por lo cual decidió llamarle con nuevas muestras de amabilidad. Ella misma arregló la cosa de manera que el coronel tuviera que llegar á explicar sus sentimientos. El misterio, sea cual fuese su origen, atormentaba siempre el corazón de la mujer.

María, por medio de su astucia, alcanzó el éxito que esperaba. Vourmín cayó en el lazo y se puso triste y pensativo. Cuando miraba á María, sus ojos negros tenían tal expresión, que la joven creía que el momento decisivo se acercaba. La gente hablaba ya del matrimonio, como de una cosa hecha, y Petrovna se alegraba al pensar que su hija había encontrado por fin un esposo como ella se merecía.

Un día en que la buena madre estaba sola en su habitación, Vourmín entró y le preguntó por María.

—Está en el jardín—contestó Petrovna.—Si queréis ir á buscar, os esperaré aquí.

El coronel salió, y Petrovna dijo santiguándose:

—¡Alabado sea Dios! Hoy quedará todo hecho.

Vourmín halló á la joven vestida de blanco, sentada bajo un árbol, cerca de un arroyo, con un libro sobre las rodillas, hecha enteramente una heroína de novela. Después de algunas palabras insignificantes, interrumpió á propósito al coronel con objeto de conseguir por medio de una turbación recíproca que se explicara. En efecto, Vourmín, viéndose en una situación difícil, le dijo que hacía ya mucho tiempo que deseaba abrirle su corazón, y la suplicó que tuviera la bondad de escucharle un momento.

La joven cerró el libro y bajó los ojos en prueba de consentimiento.

—Os amo—exclamó Vourmín—os amo con todo mi corazón.

María bajó aun más la cabeza.

—He cometido el delito de veros, de escuchar vuestra voz todos los días (María se acordó de la primera carta de Saint-Preux). Ya es muy tarde para contrariar mi destino. Vuestro recuerdo, el recuerdo de vuestra dulce y encantadora imagen será en adelante el tormento y la alegría de mi vida; mas tengo que cumplir con un deber sagrado. Es preciso que os revele un secreto extraño que me desespera y que pone entre los dos una muralla insuperable.

—Esa muralla ha existido siempre—murmuró María.—Yo no hubiera podido ser nunca vuestra esposa.

—Ya sé que habéis amado á otro—prosiguó en voz baja;—pero la muerte y tres años de luto... Querida María, no me quitéis mi último consuelo; no me quitéis la felicidad de creer, á lo menos, que

hubierais podido ser mía, porque de otro modo sería capaz....

—¡Callaos—exclamó María—callaos! os lo niego; me haceis pedazos el corazón.

—Sí, os creo; el pensar que hubierais podido ser mía, me consuela.... mas ¡ay! soy el más desdichado de los hombres; ¡estoy casado!

María se quedó estupefacta y miró al coronel con ojos atónitos.

—Estoy casado—continuó Vourmín—casado desde hace cuatro años, y no sé quién es mi esposa, ni dónde está, ni si la he de ver en mi vida.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Qué coincidencia! Proseguid, y luego os contaré yo también....

—Pues bien, escuchad: á principios del año de 1812 fui á Vilna á unirme á mi regimiento. Llegué una noche bastante tarde á una parada, y cuando estaba mandando que engancharán los caballos se levantó una tormenta horrosa. El postillon me aconsejó que me detuviera algún tiempo, y al pronto accedí á sus instancias. Mas, no sé por qué, me sentí de repente acometido de una inquietud extraordinaria; me parecía que una fuerza irresistible me empujaba hácia adelante. La tempestad era cada vez más fuerte, y, á pesar de todo, quise partir. El postillon, para acortar sin duda el camino, tuvo la idea de atravesar un río que había allí cerca. No pudo vadearlo, nos extraviamos y llegamos á un sitio que le era desconocido. El huracán era tan violento como cuando habíamos partido.

Distinguí á lo lejos, en medio de las tinieblas, una luz, y me dirigí hácia aquel lado, llegando, por fin, cerca de una iglesia, de donde salía la luz que había visto de lejos.

La iglesia estaba abierta; había tres ó cuatro trineos junto á la puerta, y varias personas se hallaban en el atrio. Una de ellas me gritó: «¡Por aquí, por aquí!» y entonces me acerqué. Otra me dijo: «¡En nombre del cielo! ¿dónde habeis estado tanto tiempo? La novia se ha desmayado. No sabiendo ya qué hacer nos íbamos á marchar. ¡Venid pronto!»

Bajé del trineo y entré en la iglesia, débilmente abrumada por dos ó tres velas. Una joven estaba sentada en un banco, y otra, de pie, junto á ella le frotaba las sienes.

—Al fin—dijo ésta—¡gracias á Dios que habeis llegado! Mi ama ha estado á punto de morir.

Una cara se acercó á mí y me dijo:

—¿Queréis que principieemos?

—Principiad cuando gustéis, padre reverendo—le contesté atolondradamente.

La joven se levantó, sostenida por la otra, y me pareció bonita. Con una ligereza inconcebible, y que nunca me perdonaré, le cogí la mano y la llevé donde estaba el cura. Su doncella y tres hombres que había además, no se cuidaban más que de ella. Un momento después, estábamos casados.

—Abrazaos—nos dijeron.

Mi esposa volvió hácia mí su rostro pálido, y de repente gritó:

—¡No es él, no es él!

Y cayó desmayada.

El cura me echó una mirada furibunda. Pero yo, sin que nadie intentara impedirme el paso, salí de la iglesia, subí á mi trínco y me alejé al momento.

—¡Dios mio!— exclamó María— ¿y no sabéis lo que ha sido de esa pobre mujer.

—Nada sé, ni tan siquiera el nombre del pueblo

donde me casé, y tampoco me acuerdo cómo se llamaba la estación de donde había partido.

Dí entónces tan poca importancia á mi criminal calaverada, que al corto rato de estar en mi trínco me dormí y no me desperté hasta llegar á otra parada. El criado que entónces me acompañaba ha muer-



FRANCKLIN.

to en la guerra, de modo que no me queda la más leve esperanza de encontrar el sitio donde cometí la locura que hoy expío tan cruelmente.

—¡Dios mio, Dios mio!— dijo María cogiéndole las manos.

—¿Conque erais vos?

—¿No me habeis conocido?

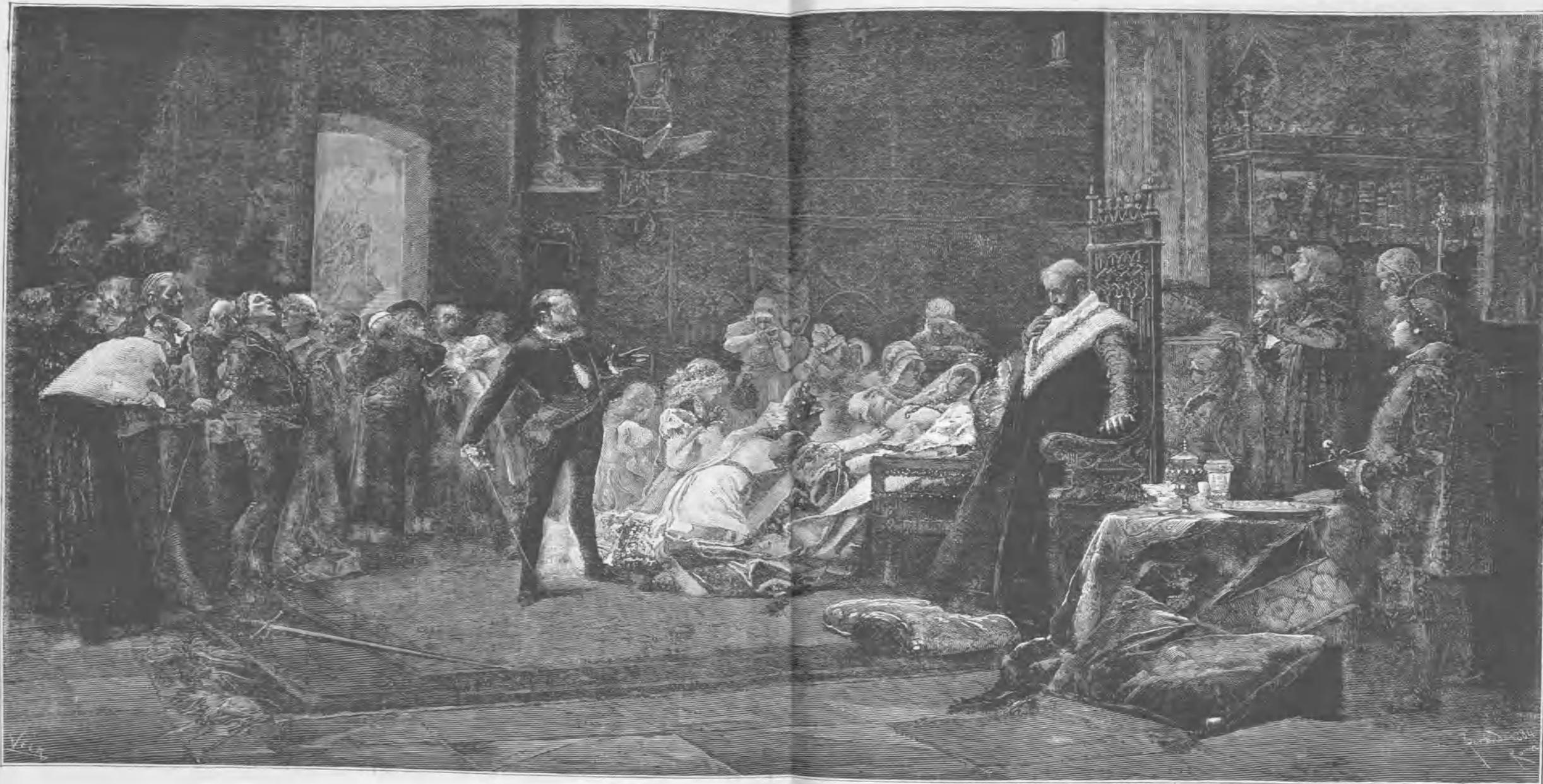
Vourrain se puso pálido y se precipitó á sus piés.

F.

## FRANCKLIN.

Tantos nombres ilustres podríamos citar en nuestros artículos, que no sabemos si nos será posible dar á este desaliñado trabajo toda la extensión que reclama su importancia. La Tipografía cuenta, entre los que han contribuido á sus adelantos y propagacion, hombres muy eminentes, y es uno de ellos el célebre Franklin, que empezó, siendo un simple cajista, á echar los cimientos de la colosal reputación que se extendió despues por el nuevo y por el antiguo continente.

Nació Benjamin Franklin, en 1706, en la ciudad de Boston, perteneciente al inmenso territorio que se llamaba entónces Nueva-Inglaterra, y que constituye hoy los Estados- Unidos de América. Su familia era bastante escasa de bienes de fortuna, y su padre, que tenía una fábrica de velas de sebo, le colocó en ella á la edad de diez años, cuando no había aprendido más que á leer y escribir. Muy mal se acomodaba esta ocupación al carácter de Benjamin, que tenía una afición decidida á la lectura de todo género de libros, y muy especialmente á los que versaban sobre Historia y viajes. Comprendiendo su padre su vocación, le hizo entrar de aprendiz en una imprenta donde un comerciante muy instruido que frecuentaba el establecimiento quedó prendado de sus buenas disposiciones, y le facilitó para desenvolverlas todos los libros de su bien provista biblioteca. Leyó, devoró, si así puede decirse, todo el pasto intelectual que se le presentaba; se dedicó á la literatura, y fué uno de sus primeros ensayos una controversia relativa á la educación de las mujeres, que sostuvo por escrito con un tal Collins, amigo suyo, tambien como él apasionado á la lectura. Aunque humilde artesano, el padre de Franklin estaba dotado de una instruc-



ULTIMA ESCENA DE HAMLET.

(CUADRO DE D. SALVADOR SANCHEZ BARBUDO.)

ción poco común y de muy buen gusto literario, y notando en Benjamin algunos defectos de estilo, se los hizo conocer para que procurase corregirlos. Benjamin corrigió efectivamente su estilo, empujándose en ello con toda aquella fuerza de voluntad que constituía en él desde niño la más relevante de sus prendas. Contribuyó no poco á mejorar su estilo la lectura de un tomo del *Espectador* que le sirvió de modelo.

La sed insaciable de saber que tenía Franklin robaba al sueño las pocas horas que le dejaban libres sus ocupaciones de cajista. Iba siempre en busca de libros, y llegó á sus manos uno de Higiene en que se prescribía la dieta vegetal como la más propia para conservar la salud y prolongar la vida, y tomando Franklin esa prescripción al pie de la letra, se sometió á un régimen tan rigurosamente frugal, que su alimentación diaria consistía frecuentemente en un pedazo de pan, unas cuantas pasas y un vaso de agua.

Contribuyó no poco á hacerlo adoptar este método de vida su deseo de ahorrar para comprar libros. Cierta sentimiento de benevolencia hacía los animales se oponía también en cierto modo al deseo que tuvo alguna vez de apartarse de las huellas de Pitágoras respecto al uso de carnes y pescados; pero todos sus escrúpulos se desvanecieron en día que encontró un pez en el vientre de otro.

«Cuando los peces—dijo—se devoran los unos á los otros, no sé qué inconcientemente puede haber en que yo me los coma á ellos.»

Miraba con cierta preferencia las obras de navegación; pero como éstas no pueden comprenderse sin el estudio preliminar de las matemáticas, se hizo fuerte, sin el auxilio de ningún maestro, en Aritmética, Álgebra y Geometría. Al mismo tiempo leía con avidez el *Arte de pensar*, de Port-Royal, y el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, del famoso Locke; y este examen de estudios, sin método y sin guía, produjo en su cabeza una confusión de sistemas, un bazarillo de ideas incoherentes, que hubieran al fin y al cabo ofuscado su clara inteligencia si no hubiese el mismo advertido muy pronto el error en que estaba próximo á sumergirse. Para poner en orden sus conocimientos y evitar mayores extravíos se concerró en el método socrático, y sólo consiguió en un principio hacerse un solitario muy hábil. Aguzaba su ingenio hasta el extremo de poder defender en pro y en contra las mismas cuestiones; pero honrado y concienciado por instinto, accedió lejos de sí las armas de la dialéctica, firmemente resuelto á no emplear nunca más la razón al servicio de la verdad y de lo útil. Cobró una aversión invencible á los paradojismos y sofismas.

Un hermano de Franklin, también impresor, concibió y llevó á cabo el proyecto de publicar un periódico, á cuya redacción pertenecían sujetos muy instruidos, que, sin saberlo ellos mismos, eran maestros de Benjamin, el cual no perdía ni una sola palabra de las discusiones que entre ellos se suscitaban relativas á ciertos artículos. Quiso escribir el mismo para el periódico; pero comprendiendo que su hermano no aprobaría sus artículos, se los remitió de modo

que no adivinase que eran suyos. Su hermano los recibió, los leyó, le parecieron buenos y los insertó inmediatamente. El público los acogió con entusiasmo, atribuyéndolos á los más distinguidos redactores, y cuando el verdadero autor levantó el velo de su anonimato, fué objeto de las más vivas simpatías.

Se prohibió al poco tiempo el periódico, á consecuencia de un artículo político. Entonces Benjamin Franklin, que se había atraído la animadversión de ciertas gentes por sus creencias religiosas, tuvo que abandonar su residencia habitual y se trasladó á Nueva-York, sin tomar consejo de nadie, sin tener un cuarto en el bolsillo y sin relaciones de ninguna especie. Tenía entonces diez y siete años. No hallando colocación en Nueva-York, pasó á Filadelfia, donde entró de cajista en una imprenta. Allí le conoció Williams Keit, que deseando poner una imprenta, le ofreció su dirección y le propuso pasar á Inglaterra para comprar los materiales necesarios. Admitió Franklin la proposición y salió de América bien provisto de cartas de recomendación, en que no se hablaba de él ni una sola palabra. El chasco fué solemne. Se halló en Londres con muy poco dinero y agobiado al mismo tiempo por una deuda de treinta y seis libras esterlinas que había contraído en su país natal. Recorrió nuevamente á su oficio de cajista, y su talento y la severidad de sus costumbres le dieron cierta superioridad sobre sus compañeros, que más bien que como á un igual le trataban como si fuese su maestro. Su buena conducta le dió crédito; fueron pocas las proposiciones que se le hicieron para que fuese en Inglaterra su residencia; pero él las desechó todas, deseoso de regresar al suelo que le había visto nacer. Cuando á fuerza de economía consiguió haber el suficiente dinero para emprender su viaje, regresó á Filadelfia, donde se asoció con Weimer y estableció una imprenta. Su consorcio puso el dinero y él su industria. Lo que hizo para captarse la estimación pública le cuenta él mismo en sus memorias. Su actividad y sus afanes excedían á toda ponderación. No se acordó nunca sin haber cumplido las penosas tareas que se había impuesto. Pocos hombres se han hecho como él tan debido cargo de lo que vale el tiempo.

Estableció Franklin una tertulia semanal, á que asistían personas muy instruidas, para hablar de ciencias morales, políticas ó físicas, y esto, á más de dilatar el círculo de sus conocimientos, suministraba trabajo á su imprenta, de la cual un nuevo contrato con su consorcio le hizo dueño único. Aquí empezó su fortuna, que llegó á hacerse colosal.

El *Almanaque del buen tiempo* fué la piedra angular de su riqueza y de su reputación moral y literaria. Empezó á publicarlo en 1792, y al año siguiente había vendido ya de él más de diez mil ejemplares.

Fue Franklin nombrado en 1736 diputado en la Asamblea general de la Pensylvania, y en 1737 obtuvo el empleo lucrativo de director general de Correos de Filadelfia, donde organizó dos compañías, una de bomberos y otra de seguros contra incendios.

Los indios en 1744, hallándose la Francia en guerra

en la Inglaterra, hicieron terribles incursiones en el territorio de la Pensylvania, por lo que Franklin propuso una asociación de defensa voluntaria que produjo un alistamiento de diez mil hombres, cuyo número no quiso aceptar. Su atención se hallaba principalmente absorbida por los experimentos sobre la electricidad, cuyos pronuncios había recibido de Inglaterra la Sociedad de Lectura de Filadelfia.

Franklin añadió á las observaciones hechas en Europa otros muchos descubrimientos; reconoció y demostró la distribución de la electricidad sobre la superficie interior y exterior de la botella de Leyden; sorprendió la causa de su acumulación; reconoció el primero el poder que tienen las puntas de atraer desde larga distancia el fluido eléctrico; comprendió que los rayos y relámpagos dependían de este fluido, é inventó los pararrayos, que en poco tiempo se propagaron por toda la América y cuya aplicación es hoy general en Europa. No llegó á este resultado sino después de algunos experimentos peligrosos. Echó á volar una cometa en medio de una tempestad, colgando una llave al extremo de la cuerda, y aunque esta tentativa fué en un principio infructuosa, luego que la humedad, á consecuencia de una mojada lluvia que sobrevino, hubo aumentado la conductibilidad del cordel, se verificó el fenómeno tal como lo esperaba; pero, por fortuna suya, fué poca la intensidad de la nube; de otra suerte hubiera sido víctima del sacudimiento eléctrico.

(Se continuará.)

A. RIBOT.

## HAMLET

(ÚLTIMA ESCENA.)

CUADRO DE D. SALVADOR SANCHEZ BARBUDÓ.

Damos en el presente número una reproducción cuyo título sirve de epigrafe á estas líneas.

Todas cuantas personas asistieron á la última Exposición de Bellas Artes tuvieron ocasión de admirar el citado cuadro que el Jurado recompensó con medalla de segunda clase.

## NOTICIAS HISTÓRICAS.

ORÍGEN DE LOS JUEGOS FLORALES.

Los juegos florales se instituyeron en Tolosa el año 1324, según el registro que de los mismos se conserva, escrito en lengua provenzal, en aquella ciudad.

El registro ó protocolo de Tolosa dice que habiéndose congregado el día de Todos los Santos, en un jardín del arrabal de San Esteban, siete hombres de distinción de aquella ciudad, apasionados á las

bellas letras, resolvieron invitar, por medio de una carta-circular, á todos los trovadores ó poetas de las cercanías, para que comparciesen en Tolosa el día 1.º de Mayo siguiente, prometiéndoles que se daría por premio una violeta de oro al que recitara los mejores versos. Esta carta, en rimas provenzales, que se halla inserta en el citado registro, se envió á todas las ciudades del Langüedoc, y agradó semejante proyecto de tal modo á los consejeros, que acordaron se ejecutaran á expensas del público, no ya únicamente aquel año, sino tambien todos los venideros.

Gran número de poetas pasaron á Tolosa en la época señalada para la celebración de los juegos.

El día 1.º de Mayo se empleó en oír los versos que recitaron los poetas; al siguiente, examinaron las composiciones los referidos siete *Mantenedores* y dos capitulares ó consejeros, y al tercero se adjudicó públicamente el premio á don Arnaldo Vidal, de la ciudad de Castellmandari, por un poema que había escrito en loor de la Santísima Virgen.

Al día siguiente, á fin de dar forma de academia á la asamblea, se crearon los cargos de canchiller y secretario. Las atribuciones del primero de estos dos oficios se reducian á sellar las poesías que habían merecido premio y á expedir y sellar las letras de los grados de bachiller y doctor *en alegre ciencia* (*Gay saber*). Las del segundo, á copiarlas expresa y detenidamente en un registro. Desde entonces, tomaron los siete el nombre de *Mantenedores*, toda vez que les pertenecía el mantener aquel establecimiento. Conviene notar aquí que durante estos últimos tiempos ha habido muchos presidentes del parlamento de Tolosa que han querido ejercer el empleo de canchiller de los referidos juegos florales.

Añadiéronse á la violeta otras dos flores, el escaramujo (rosal silvestre) y la maravilla (corona de rey), para que sirviesen de segundo y tercer premio. Establecióse, andando el tiempo, que el que ganase la violeta pudiera pedir que se le hiciese bachiller; así como doctor *en alegre ciencia* al que hubiese obtenido las tres flores. Ambos grados debían pedirlos en verso los interesados, y el canchiller, en nombre de la sociedad, les contestaba de igual suerte.

Al poco tiempo se encargó á Mulnier, canchiller de los juegos, que redactase las fórmulas de esta ceremonia, y no tratado de retórica y poética, sobre cuyos principios se juzgaria el mérito de las composiciones poéticas. Este tratado, que se publicó en 1355, contiene entusiastas y festivas expresiones. Llámase en él á la poesía, *ciencia alegre*; al premio, *la Joya*; de modo que para nombrar el premio de la violeta, dice: *la joya de la violeta*; la inclinación á la virtud tiene el nombre de *amor*.

Explicado el origen de los juegos florales, según el protocolo de Tolosa, veámos ahora cómo lo relata la tradición.

Antiguamente, la mocedad del país y de las provincias se congregaba en Tolosa, en un local escogido, para recitar allí toda suerte de poesías, y especialmente cantos reales. Esta asamblea tenía efecto á principios de Mayo, durante tres días; espirados éstos, se recogían los votos de los ancianos para dar

el premio. Al que consideraban merecer el premio, se le entregaba una corona de laurel, y se le conocía por el *amantè fiel de la corte de amor*.

Concurrian al certámen várias señoras; pero á fin de evitar que se creyera que la complacencia predisponía á los juecés en su favor, renunciaban ellas, caso de ser agraciadas, á toda recompensa.

Finalmente, en 1320, segun la misma tradicion, una mujer distinguida, llamada Clemencia Isaura, formó el proyecto de eternizar su memoria instituyendo una fiesta notable titulada *los Juegos Florales*, la cual dispuso que se efectuase los dias 1.º y 3 de Mayo. Dejó para ello la mayor parte de su fortuna á los señores de la ciudad, con la condicion de que

## RUINAS.



Quando yo hacia el *Otelo* en Bada'oz.

anualmente hiciesen cuatro flores plateadas, que debían ser la *Pajarilla*, la *Maravilla*, la *Violeta* y la *Clavellina*.

Las tres primeras, que valdrian cada una unos 15 doblones, estaban destinadas á los mozos dignos de merecerlas por sus obras. La cuarta, mucho más pequeña que las otras, era para los muchachos, y se daba al favor.

La casa capitular de Tolosa, que es bellísima, dió la dicha señora á fin de que en ella se celebrasen estos juegos, con más la plaza mercado llamada *La Piedra*. Hé aqui ahora, aunque sucintamente, el relato que hace Moreri en su *Diccionario Histórico*, publicado en 1753, de la solemnidad de los juegos florales:

«La ceremonia de los juegos florales se comienza

todos los años el día 1.º de Mayo con una misa solemne que se canta con música, y á la que asisten los magistrados de la ciudad. Durante el día, recita cada poeta sus versos; al día siguiente no hay asamblea; pero al otro se convida á las personas de mayor distinción á una espléndida comida, acabada la cual, se examinan todas las obras recitadas, y todos

dan su voto para el galardón. Asisten siempre á este acto un presidente y cuatro miembros del parlamento. En el interin, permanecen encerrados en un salón todos aquellos que aspiran al premio, dedicándose cada uno en particular en el *ensayo*, el cual consiste en componer un soneto sobre un verso que se les da. Estos ensayos, que firman sus autores, sirven

## RUINAS.



Hace cuarenta años que me he comido la fortuna de tres familias, y hoy no me queda un diente con que comerme estos mendrugos.

para determinar á los jueces. Despues de hecha la designacion, se les sirve una buena merienda, y otra separadamente á los jóvenes que han recitado poesias. Trasládanse luego al salón donde se halla empotrada en la pared la estatua de Clemencia Isaura, que es de mármol blanco. Tiene su cabeza coronada de flores y su cuerpo también ceñido de flores que bajan hasta los piés.

» Los magistrados se sientan en sus sillas ordinarias, y los *Mantenedores* al lado opuesto. El presidente pronuncia un discurso alusivo, despues del cual un portero del cabildo llama en alta voz al que ha merecido el premio de la *Pajarilla*, quien pasa á recibirlo de mano del jefe del Consistorio de la ciudad, que generalmente preside los juegos. Toda la asamblea le prodiga aplausos, y la orquesta toca una

sinfonia en su obsequio. Iguales honores se tributan á los que alcanzan los premios de la *Maravilla* y la *Violeta*. Terminada la distribución, los laureados son acompañados á sus casas por sus amigos y guardias de la casa capitular, al són de la música.

«Llámanse *Maestros* de los juegos florales á los que ganan las tres flores. Todos los vencedores tienen derecho de asistencia á las asambleas de los juegos y de dar sus votos para los premios.»

La celebración de los juegos florales desde la época de la célebre Clemencia Isaura no ha cesado en Francia, salvo muy breves interrupciones. En España, doña Violante, esposa del rey D. Juan I de Aragón, introdujo la costumbre de los citados juegos, á cuyo efecto hizo venir en 1388 á dos de los *Mantenedores* tolosinos, de la gaja ciencia, quienes les fundaron en los Consistorios de Barcelona y Zaragoza. En ambas ciudades continuaron sin interrupción los juegos florales, protegidos siempre por los sucesores de D. Jaime el *Conquistador*; empero, cuando adquirieron mayor esplendor, fué durante el reinado del Infante D. Fernando de Antequera, pues los trovadores encontraron el más decidido protector en D. Enrique de Villena, ilustre y entendido amante del progreso de aquella edad.

Las radicales trasformaciones que despues de aquellos dias se siguieron en el órden social, hubieron de producir igual cambio en todas las instituciones; de modo que pasaron siglos y siglos hasta que se desenterró de la redoma donde se hallaban depositadas las cenizas del de Villena, la ya olvidada *Violeta*. En efecto, en 1841 y 42, el Liceo Artístico y Literario de Madrid celebró juegos florales, y premió con la *Violeta* las inspiradas composiciones de Ventura de la Vega, Breton de los Herreros, Frías y otros. Algunas capitales, imitando el ejemplo de la corte, se dedicaron á estos certámenes.

AUGUSTO TELL.

## LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Odiosa esclavitud, pronto en la tierra  
Serás tan sólo un nombre;  
La libertad te declaró la guerra  
Y te maldijo el hombre.

Desterrada del mundo y maldecida,  
En un rincón te ocultas,  
Y desde allí, soberbia, aunque vencida,  
Á la justicia insultas.

Hoy el látigo irémos á quitarte  
De las inicuas manos,  
Y tus presas irémos á arrancarte,  
Pues son nuestros hermanos.

Hermanos, si, pues llevan en la frente  
La humana inteligencia;  
Hermanos, si, porque en su pecho sienten  
La voz de la conciencia.

Hermanos, si, que aunque su tez oscura  
Fué por el sol quemada,  
No pudo el sol quitarle su blancura  
Del alma immaculada.

Hermanos son, pues aman y padecen,  
Y suspiran y lloran,  
Y á racionales leyes obedecen,  
Y tienen fe y adoran.

Si hoy retuercen con furia sus cadenas  
Y sacuden sus hierros,  
Es porque los cazaron como á hienas,  
Y ataron como á perros.

Si á un rebaño de brutos se parece  
La esclava muchedumbre,  
Es porque nada humilla ni embrutece  
Como la servidumbre.

Vosotros, del esclavo redentores,  
Que con amor profundo  
Proclamáis, generosos luchadores,  
La libertad del mundo,

No consentais que indignos mercaderes,  
Con avaricia insana,  
Acrezcan su fortuna y sus placeres  
Vendiendo carne humana.

Que no mancille más la humana honra  
Ese tráfico alevé  
Que es el horror, escándalo y deshonor  
Del siglo diez y nueve.

¿No se deja al león majestuoso  
Señor de su desierto?  
¿Y no se deja en libertad al oso  
Allá en el polo yerto?

Pues si el negro infeliz de ser humano  
Ha merecido el nombre,  
¿Quién pretende arrancarle de la mano  
Sus libertades de hombre?

Si de salvaje fuesen sus instintos,  
Sus reinos naturales  
Son del bosque los verdes laberintos,  
Los yermos arenales.

Dejadle allí vivir á la inclemencia  
De la abrasada zona;  
Más quiere allí su santa independencia  
Que la mejor corona.

Más quiere ser salvaje en los desiertos,  
Que siervo en las ciudades;

Allí los horizontes dan, abiertos,  
Inmensas soledades.

No le exprimen allí con los sudores  
La vida gota á gota,  
Enriqueciendo, en bárbaras labores,  
Al mismo que la azota.

Blancos, ¿queréis al negro cuasi bruto  
Ver redimido al cabo?  
Llevedlo del saber el santo fruto,  
Mas no le hagáis esclavo.

Blancos, si al negro de inferior linaje  
Envileceis os plugo,  
Ménos deshonra es ser negro y salvaje  
Que ser blanco y verdugo.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

## PERROS DE CAZA

LLAMADOS DANDIE-DINMOUTS.

Digamos primeramente algo sobre el origen de esta casta de perros, relativamente moderna y tan apreciada, por su gran ligereza, de los ingleses, que nadie puede formarse una idea de los cuidados que para su conservacion se toman. Refieren que un colono escocés, por nombre Davidson, poseia en las cercanías de Abbotsford, á principios de este siglo, una raza de lebreles tan afamada en el país, que Walter Scott la hubo de introducir en su obra *Guy Raverney*, bajo el nombre de uno de los perros, llamado *Dandie-Dinmouts*, siendo la natural consecuencia de este paso dado por el novelista, el que tanto Davidson como sus perros fueron desde entonces conocidos doquiera que se habla el inglés, así en el antiguo como en el nuevo continente.

Dejando á los críticos fallar si lo referida es ó no auténtico, es lo cierto que el retrato de sir W. Scott, pintado por Landeer, presenta al gran pintor de las costumbres de su patria teniendo á sus piés un dandie de color de mostaza, copia exacta de un perro de la raza en cuestion, que á la sazón existía en Abbotsford. Examinando con detencion al animal pintado á los piés de W. Scott, nótese luego que de cincuenta años á esta parte han tenido lugar en la raza caninos cambios notables, ya alargándose la forma de todo el cuerpo, ya muy particularmente las orejas.

Á partir de esta época, y para satisfacer á los grandes pedidos que la lectura de las obras de Walter Scott produjo, se dedicaron Davidson y uno de sus vecinos, Mr. Sourvès, á la cría de un número considerable de dandies, con lo cual, y haber ofrecido el Duque de Buccleugh y sir G. Douglas sus perras para la mejor conservacion de la raza, objeto de allí en adelante de los más exquisitos cuidados, se fué la casta extendiendo y cobrando fama en todas partes.

Entre estos perros y nuestros zarceros no existe semejanza alguna, y ménos la habrá si continúa el sistema hasta ahora seguido de evitar completamente el cruzamiento de razas. Dejando á un lado el pelo, muy parecido por cierto al de los falderos, y compuesto, como el mismo, de dos elementos, uno áspero y otro suave, debemos hacer constar que la cabeza, orejas, ojos y hocico de estos animales se diferencian todo lo posible de los que entre nosotros sirven para la caza; así que, careciendo por completo de orejas en forma de tirabuzones, de ojos hundi-dos y ensangrentados, de arrugas en la frente, de hocico largo y mandíbulas caídas, parecen solamente perros rateros en apariencia, privados de cuantas señales son propias de una raza inteligente. Veamos si las cualidades de agilidad y viveza son en ellos tan escasas como sus cualidades corporales indican. Son los dandies de un vigor grandísimo, sobrenaturalmente astutos, se retuercen como si fuesen culebras, jamás se apartan del rastro, y se calientan de un modo indecible en la persecucion del conejo ó de la liebre. Su color es de lo más raro; siendo más estimado unas veces el que tira á pimienta, que suele variar desde el negro azulado hasta el gris ligeramente plateado, en cuyo caso han de ser más recargadas las patas, y otras veces el que parece de color de mostaza, variable entre moreno, rojizo y amarillo pálido, cabeza con tinte parecido á la crema, y extremidades muy cargadas.

No entraremos en más pormenores relativos á esta raza, que puede aún considerarse á medio formar en Inglaterra, y sobre la que son innumerables las cuestiones establecidas por los aficionados, relativas á la conformacion y ejercicios de las correspondientes funciones, que siendo de tan alto interes zootécnico, han hecho que para cortar de una vez para siempre las disputas acerca de los puntos controvertidos de esta raza, se estableciese dos ó tres años hace un club especial, el cual nombró el correspondiente comité, para rectificar la escala de los puntos controvertidos acerca de los dandies, cuyos trabajos tuvieron por resultado examinar segunda vez en plena reunion y con la mayor exactitud los datos obtenidos, recibiendo posteriormente todo el valor de una autoridad suprema.

Hé aquí el cuadro á que nos referimos:

### DATOS DEL LIBREL DANDIE-DINMOUTS.

1. — Cabeza.....	10
2. — Ojos.....	5
3. — Orejas.....	5
4. — Cuello.....	5
5. — Cuerpo.....	20
6. — Cola.....	5
7. — Patas y piés.....	10
8. — Pelo.....	15
9. — Color.....	5
10. — Talla y peso.....	10
11. — Conjunto general.....	10
Total.....	100

No podemos dejar de notar la cifra 20 coeficiente



LEBBLES DANDIE-DINMOUTS.

del cuerpo, y á la que se da gran importancia para averiguar la fuerza de este perro. Sigue despues la del pelo, que es absolutamente significativa como distintiva de raza. Por último, nos encontramos con los caracteres generales, en todo lo que hay una gran anomalía, que no nos atravesarian á menospreciar cuando se trata de descubrir la raza; pero que no por eso es tomada en cuenta por los Ingleses, que creen poseer el tipo buscado.

### LA VIDA MODESTA.

La más fragante azahar  
Que nunca Mayo engendró,  
Del alba á la luz nació  
En medio de inculta arena.  
Del viento siempre serena,  
Á los embates la vi,  
Siempre solitaria allí,  
Modesta cuanto ignorada,  
Ni envidiosa, ni envidiada....  
¡ Dichoso quien vive así!

CAYETANO RUSSELL.

### JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

### SUMARIO.

GRABADOS.—Armas y adornos sibilinos.—El Miguelote de Valencia.—Franklin.—Última escena de Hamlet.—Rutinas.—Lebellet Dandie-Dinmout.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.  
TEXTO.—Karlsan el Testarudo, por Julio Varro.—El secreto del oro, Luis Bousenard.—Sin familia, Hector Malot.—Armas y adornos sibilinos.—El Miguelote, compañero de la catedral de Valencia, por P. Perez.—El torbellino de nieve (conclusión), por F.—Franklin.—Hamlet.—Noticias históricas, por Augusto Telle.—La abolición de la esclavitud, por José Alcalá Galiano.—Perros de raza llamados Dandie-Dinmouts.—La vida modesta, por Cayetano Russell.